HARLEQUIN

Deseo

EL TESORO DEL AMOR

Suzanne Simms



El guía Simon Hazard no podía creer que Sunday Harrington fuera una de sus clientes. ¡No debía haber hecho una marcha en su vida! Sin embargo, era a él a quien le temblaban las piernas y le sudaban las manos, pero no por la dureza de la jungla, sino debido a las larguísimas piernas de Sunday.

Sunday no estaba dispuesta a darle a Simon la satisfacción de demostrar que era sólo un hermoso cuerpo sin cerebro. Los hombres como él eran todos iguales: carentes de modales y muy peligrosos. Y si no se andaba con cuidado, acabarían explorando algo más que aquel pequeño paraíso.



Suzanne Simms

El tesoro del amor

Deseo 615

ePub r1.0
LDS 17.03.16

Título original: *The maddening model*
Suzanne Simms, 1996
Traducción: Rosa Mauleón Montes

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo Uno

Llamaba la atención… desde la punta de las sandalias de piel italiana que costaban trescientos dólares hasta la pelirroja cabeza.

Era la esencia de la moda informal, enfundada en pantalones de seda rosa y blusa de seda rosa. Le colgaba un bolso, de diseño, del hombro, cuyas iniciales no pudo ver, y un par de gafas de sol, también de diseño, sobre prácticamente la punta de la nariz.

Sólo las gafas debían costar más del sueldo anual de un trabajador tailandés, pensó Simon Hazard recostándose en el respaldo de la silla hasta balancearla con las patas traseras.

Y qué piernas.

Eran unas piernas largas y estilizadas, a juzgar por sus andares.

En el Celestial Palace, todos los ojos estaban posados en ella. Nada de extrañar. No todos los días entraban en los bares de Bangkok mujeres de un metro ochenta de estatura con el pelo del color del sol poniente.

«¿Qué demonios hace una mujer como ésa en un sitio como éste?».

Simon sacudió la cabeza, tomó el vaso de cerveza que tenía delante y bebió un sorbo. No era asunto suyo. Ella no era asunto suyo. Había ido ahí para encontrarse con un cliente. Nada más. Nada menos.

Se echó la gorra hacia atrás, las iniciales USN imprimidas en la parte delantera identificándolo como uno de los marinos que habían servido al país en un submarino nuclear, y bebió otro sorbo de cerveza. Era una cerveza del país: fuerte, sabrosa, oscura y del tiempo. Desgraciadamente, era la estación más calurosa en aquella parte del mundo y en el abarrotado bar se estaba como en una sauna.

Una cerveza bien fría un día de calor era una de las cosas que realmente echaba de menos de los Estados Unidos, reflexionó Simon mientras miraba a su alrededor.

Un trío de marineros se habían abierto paso hasta la barra y se animaban los unos a los otros para ver quién podía beber más vodka. Había dos tipos extraños en una mesa cercana hablando una lengua que Simon no reconoció; no era tailandés ni chino ni malayo y, por supuesto, no era inglés, las cuatro lenguas más habladas en aquel país antaño conocido como Siam. Chicas de bar, de todos los tipos y tamaños con vestidos muy ceñidos servían las mesas. Había una máquina de música en un rincón, tocando la misma canción una y otra vez, una de Elvis Presley.

Simon fijó los ojos en su cerveza. Quizá el rey del rock siguiera vivo en alguna parte de la península de Michigan, tal y como los periódicos decían.

O quizá él, Simon, estaba perdiendo la cabeza.

Debía ser eso. Ahí estaba, sentado a la mesa de un bar en el barrio de la prostitución de una de las ciudades más conocidas por ser centro del pecado y el vicio, con un pequeño revólver sujeto por el cinturón, una navaja en la bota del pie derecho, esperando a un imbécil a quien se le había metido en la cabeza que quería conocer la región de las tierras altas entre Tailandia y la antigua Burma, ahora conocida como Myanmar.

Simon bebió otro sorbo del templado alcohol. ¿Quién era más imbécil, el misterioso señor S. Harrington o él?

—Qué demonios estás haciendo aquí, tan lejos de t u casa, estúpido? —murmuró Simon para sí.

Pero sabía la respuesta. Estaba ahí por un trabajo. Por una cierta cantidad de dinero, iba a llevar a sus pasajeros a donde quisieran en su destartalado Range Rover.

Aunque no siempre había sido un extraordinario guía en un país del tercer mundo.

Una mañana, hacía ya algo más de un año, Simon Hazard se despertó en su apartamento desde el que se veía Minneapolis por un lado y, por el otro, el río Mississippi, y se dio cuenta de que estaba harto de su negocio. Según recordaba, no fue un día maravilloso el día que cumplió los treinta y un años.

Así pues, hizo las maletas y se marchó a «encontrarse a sí

mismo», como los psicólogos lo llamaban.

Pasó un año entero entre monjes budistas vestidos de azafrán, antiguos templos y los dorados capiteles del reino de lotus: Tailandia. Hizo amistades con las gentes de las tribus del norte, vivió en una choza primitiva con techo de paja y aprendió a utilizar el machete como un experto.

Ahora hablaba el idioma, conocía las costumbres y empezaba a comprender a aquellas gentes. Había aprendido a defenderse de los cocodrilos siameses y de los bandidos armados que, a veces, merodeaban por el Triángulo Dorado. Conocía la estación de la cobra rey y cómo evitar a aquella serpiente de cinco metros de longitud y con la rapidez del rayo. Sabía que era un insulto señalar a alguien con el dedo del pie, según las costumbres tailandesas, y que el deporte nacional era apostar en las peleas de gallos o en las de boxeo.

En una ocasión, de pequeño, fue a visitar el nacimiento del Mississippi, el lago Rasca. Ahora, de hombre, había salido a buscar algo más vago. Lo que había descubierto era un lugar y una época más sencilla, y una gente que no había cambiado en cientos de años.

Lo que había encontrado era a sí mismo.

—El alcohol me está poniendo filosófico —se dijo a modo de explicación mirando el resto de cerveza en su vaso.

Sintió que alguien le tiraba de la manga con insistencia.

—Eh, jefe, ¿otra cerveza?

Simon volvió la cabeza. A su lado, había un chiquillo de unos ocho o nueve años.

No quería otra cerveza, pero había algo en aquel niño, quizá en sus ojos…

—Sí, claro —Simon le dio una moneda—. Y quédate con el cambio.

Una enorme sonrisa se dibujó en el pequeño rostro.

—Gracias, jefe. Ahora mismo la traigo.

Quizá, la lección más dura que había aprendido durante ese año había sido que no podía solucionar la vida de todos los chicos como aquél. Pero hacía lo que podía.

—Que no es mucho, ¿verdad, Hazard? —dijo para sí mientras el chico dejaba la cerveza encima de la mesa.

No podía hacer nada por el chico, pero sí podía hacer algo por la mujer.

Simon vio a la pelirroja acercarse al hombre de detrás de la barra. ¿Por qué su rostro le resultaba tan familiar? Tenía la sensación de que la había visto antes.

Se la quedó mirando sin disimulo. ¿Por qué no? El resto de los presentes lo estaban haciendo. Aunque eso no parecía molestarla, la mujer ignoraba las miradas y los comentarios. Sí, era una mujer que estaba acostumbrada a que la mirasen, que esperaba que la mirasen.

Se levantó las gafas, sujetándoselas con el pelo, y miró directamente al camarero. El nivel de ruido del bar bajó al instante y Simon pudo oír claramente lo que ella decía.

—No se si podría ayudarme, estoy buscando a una persona.

—¿A quién, señora? —respondió el hombre con acento inglés.

El ruido volvió a ascender y Simon no pudo oír lo que ella decía a continuación.

El camarero alzó una mano y señaló en dirección a la mesa de Simon.

Ella se volvió. Sin el sol a sus espaldas y sin las gafas, Simon pudo fijarse en sus facciones por primera vez. Era bellísima, pero no en un sentido convencional: el cabello era demasiado rojo, los ojos demasiado verdes, los pómulos demasiado prominentes, la nariz demasiado aristocrática y la boca demasiado perfecta.

Había visto esa cara antes.

Se fijó en los delgados hombros, en los generosos pechos, en la pequeña cintura y en las largas piernas.

Ella avanzó hacia Simon, se detuvo delante de su mesa y bajó la cabeza para mirarle.

—¿Es usted Simon Hazard?

Simon se negó a alterar su expresión.

—¿Y qué si lo soy?

—Creo que habíamos quedado en reunirnos aquí, señor Hazard.

—¿Nosotros, aquí?

—Sí, a las tres.

Resistió la tentación de mirar el reloj.

—¿Son ya las tres?

—Las tres y cinco —dijo ella mirándose el pequeño reloj de pulsera.

—El tiempo vuela cuando uno se está divirtiendo —murmuró él secamente.

—¿Se está divirtiendo?

—¿Que si me estoy divirtiendo?

Al parecer, ella ignoró el comentario.

—¿Es usted Simon Hazard?

No le quedaba más remedio que confesar.

—Sí, el mismo.

Ella le tendió la mano y Simon se preguntó si debía estrecharla o besarla.

—Soy Sunday Harrington —le informó.

—¿Sunday Harrington? —ese nombre le sonaba.

Contempló las iniciales del bolso de aquella mujer: S.H. De repente, lo vio todo claro.

—Dios mío, S. Harrington es Sunday Harrington.

—Extraordinaria deducción.

Simon se mordió la lengua para no contestarle como se merecía. Las patas delanteras de su silla golpearon el suelo del Celestial Palace.

—Creía que la S era de Sidney o Sheldon o Stanley.

—Pues ha creído mal.

—Usted no es un hombre.

Ella pareció morderse los labios.

—No soy un hombre, no. Aunque me parece que eso debe resultarle obvio a todo el mundo, incluso a usted.

Lo era.

—Es mi cliente.

—Soy su cliente.

¡Maldición, era su cliente!

Fue entonces cuando recordó lo que había leído cn los periódicos años atrás sobre una modelo que siempre vestía de rosa, morado o rojo; a pesar de clue la sabiduría popular decía que eran colores prohibidos para una pelirroja.

Simon Hazard recordó entonces la última vez que había visto a esa mujer; en aquella ocasión, sólo llevaba puestas unas tiras de un fino tejido morado que no dejaban prácticamente nada a la imaginación.

Simon exhaló expresivamente. En realidad, la última vez que

había visto a Sunday Harrington iba prácticamente desnuda.

Capítulo Dos

Sunday había cometido un error.

Un gran error.

Un tremendo error.

—Debe tratarse de un error —dijo ella tragando saliva.

El hombre sonrió burlonamente.

—Puede decirlo otra vez.

—Pero usted es un…

Sunday se recordó a sí misma que era demasiado educada para decírselo: que era un vaquero, un dejado que ni siquiera se afeitaba, un tipo de reputación dudosa y, muy posiblemente, un borracho.

—Usted es americano.

Volvió a dedicarle esa sonrisa suya.

—Nacido y criado en el corazón de los Estados Unidos; Minneapolis, Minnesota.

—Usted no es tailandés.

—Yo diría que eso debería resultarle obvio a todo el mundo, incluso a usted —respondió él sarcásticamente.

Sunday enderezó ligeramente los hombros, aun que no era cargada de espaldas.

—Suponía que era tailandés.

—Pues su suposición era incorrecta.

La situación estaba algo enrarecida.

—Creí que mi secretaria lo había explicado con claridad. Quiero alguien que hable la lengua, que comprenda las costumbres y que conozca bien este país. Lo que quiero, señor Hazard, es lo mejor.

Vio dos hileras de dientes blancos y perfectos.

—Señora, lo que tiene delante es lo mejor.

Lo que tenía delante era un problema, pensó Sunday. Y un

problema enorme; a pesar de estar sentado, era evidente que Simon Hazard era alto, bastante más de un metro ochenta, de hombros anchos, piernas largas y endemoniadamente guapo… }para las mujeres a quienes les gustaran los tipos de aspecto duro; cosa que a ella, por suerte, no le ocurría.

Era un hombre que destacaba… desde la punta de sus botas camperas hasta la cabeza. Sus cabellos eran de un negro casi azulado, y le cubrían el cuello; los tenía mojados por el sudor y se le habían forma(lo unos rizos. Sunday se preguntó cuándo habría sido la última vez que se había cortado el pelo.

No se debía haber afeitado en dos días por lo menos. Su mandíbula era como esculpida en granito. La nariz, quizá lo mejor que tenía, era aguileña. Tenía los ojos oscuros, entre marrones y completamente negros. Eran unos ojos brillantes, inteligentes y limpios, a pesar dell alcohol que debía haber consumido.

Desgraciadamente, parecía que había dormido con la ropa puesta. En general, su cuerpo, su rostro, su expresión y sus ojos apuntaban en una dirección: peligro.

A Sunday se le encogió el corazón.

—Creo que esto no va a poder ser, señor Hazard —se permitió un pequeño suspiro—. Podría devolverme el dinero que le he pagado por adelantado y se acabó.

—No puedo.

—¿No puede o no quiere?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Me lo he bebido —indicó el vaso de cerveza que tenía delante —. Cerveza.

—¿Que se ha gastado todo el dinero que le envié en alcohol? —Sunday estaba perpleja y no se esforzó en disimularlo—. Pero si le he enviado varios cientos de bath con un mensajero esta mañana.

Los ojos de él empequeñecieron.

—Me parece que no ha hecho bien sus cálculos, señora Harrington. Cien bath son sólo cuatro dólares americanos.

Sunday no sabía qué decir.

—Oh.

—Y por si no lo ha notado, suben los precios para los farang.

Sunday seguía sin saber qué decirle. Por fin, consiguió

preguntar.

—¿Los farang?

—Sí, los extranjeros —Simon Hazard se recostó en el respaldo de la silla y volvió a balancearla con las patas traseras—. Además, no encontrará un guía mejor.

—Eso es una cuestión de opiniones.

—Eso es un hecho —Simon se pasó la mano por la barbilla—. Dígame una cosa.

Ella esperó a que continuase.

—¿Por qué quiere ir a las tierras altas de Tailandia?

—Negocios —respondió Sunday.

—Negocios? ¿Qué clase de negocios? —preguntó él en tono de sospecha—. Será mejor que esos negocios no tengan nada que ver con las amapolas.

—¿Las amapolas?

—Opio.

Sunday abrió la boca, no sabía si de sorpresa o ira.

—¿Cree que estoy metida en el mundo de las drogas?

—No se qué pensar, no tengo datos suficientes —se la quedó mirando con expresión indescifrable—. No la conozco.

—Le aseguro, señor Hazard, que mis negocios son totalmente legales —respondió ella furiosa.

Él se encogió de hombros y no dijo nada. Sunday enfureció aún más.

—Quédese con el maldito depósito si quiere. Ya encontraré a alguien que me lleve.

—No.

—¿No?

—Tenemos un trato, señora Harrington. Firmado y sellado. Usted paga, yo guío.

El tenía razón. Aquel hombre le había enviado un contrato por correo y ella lo había firmado.

Sunday se permitió otro suspiro. Si quería hacer negocios, si quería ver lo que las tribus de las tierras altas producían, si quería ver la Ciudad de la Niebla y si quería ver lo más próximo al paraíso en la tierra, iba a tener que ser en compañía de aquel… vaquero.

—De acuerdo, señor Hazard, hemos hecho un trato —dijo ella ofreciéndole la mano.

Se movió con sorprendente agilidad para ser un Nombre tan grande. Se puso en pie y le estrechó la mano casi sin que ella se diera cuenta.

—Los negocios son los negocios —dijo Simon.

Sunday miró a su alrededor.

—¿Es aquí donde hace sus negocios?

—El Celestial Palace no tiene nada de malo —contestó él secamente.

De repente, dos marineros se enzarzaron en una pelea en el bar. Hubo cristales rotos y algunos gritos de furia.

—¡Parad! —gritó el camarero—. ¡Basta ya!

Y dio un puñetazo en la barra, pero nadie le prestó atención. En alguna parte del establecimiento, una chica gritó.

—El Celestial Palace no es ningún paraíso celestial —observó Sunday.

—Vámonos de aquí.

—¿Adónde? —preguntó ella cuando Simon la tomó del codo y comenzó a encaminarla hacia la puerta.

—¿Importa eso?

—Claro que importa.

—Vamos a un sitio más tranquilo. A alguna parte donde podamos hablar sin que la mitad de la gente esté intentando oír lo que decimos. Nunca se sabe quién puede estar en un agujero como éste: ladrones, contrabandistas, carteristas…

A grandes zancadas, Simon Hazard la sacó a la calle. Para poder seguirle, Sunday casi corría en vez de andar.

—¿No había dicho que el Celestial Palace no tiene nada de malo?

Él le lanzó una fría mirada.

—Antes de confiar en un hombre, cerciórese de que puede confiar en él.

—¿Qué?

—El camino que va hacia arriba y el que va hacia abajo son el mismo —observó Simon con expresión seria.

El bolso de Sunday, de diseño propio, se le resbalaba del hombro. Se lo volvió a colocar y continuó andando.

—¿Qué tiene que ver un camino con todo esto?

—A una pregunta sin sentido, una respuesta sin sentido.

—Me conformaría con una respuesta directa —murmuró ella casi sin aliento.

—No todas las preguntas merecen una respuesta.

—Dígame, ¿dónde ha…?

—Con los monjes.

—¿Monjes?

—Pasé el primer año en Tailandia en Prathet Thai con unos monjes budistas —contestó Simon como si eso lo explicara todo.

No explicaba nada.

Llamó un samlor que pasaba por ahí, un taxi de tres ruedas, común en Bangkok, y dio la dirección al conductor en tailandés. A partir de ahí, marcharon por un laberinto de calles estrechas, gentes, animales y otros vehículos.

Simon Hazard se inclinó sobre ella y comentó:

—Bangkok, Krung Thep, es una paradoja.

Bangkok no era la única paradoja, pensó Sunday.

Él continuó:

—Es antigua y moderna al mismo tiempo. Oriental y occidental, sagrada y profana. Se levantan rascacielos junto a edificios tailandeses tradicionales. Hay tiendas modernas de todo tipo junto al mercado flotante, cuyos barcos se balancean en los khlongs o canales como lo hacían hace cientos de años.

oSe bajó la visera de la gorra para protegerse los jos del sol tropical.

—Bangkok tiene seis millones de habitantes, es una ciudad con millares de vistas, sonidos y olores.

—Krung Thep significa Ciudad de los Ángeles, ¿verdad? —dijo ella recordando lo que había leído en una guía de Tailandia.

—Eso en versión abreviada. Bangkok es la ciudad con el nombre más largo que existe, la traducción literal es «Gran Ciudad de los Ángeles, Repositorio Supremo de las Joyas Divinas, Tierra Grande e Inconquistable, Reino Grandioso e Ilustre, Ciudad Capital Real y de Deleite»… y más. Pero con eso ya puede hacerse una idea.

—Sí, creo que sí. ¿Cuánto tiempo lleva en Tailandia, señor Hazard?

—Llámeme Simon. Un poco más de un año. ¿Y usted?

—Tres días.

Sunday sacó un abanico de seda del bolso y comenzó a agitarlo

delante de su cara.

—Confieso que, la mayor parte de estos tres días, los he pasado en la habitación del hotel recuperándome del viaje y acostumbrándome al calor.

—Es la estación más calurosa del año. Le daré una buena noticia, hace más fresco en las montañas.

—¿Y la mala noticia?

—La meseta central de Tailandia se encuentra dentro de «la sombra de lluvia» de las montañas birmanas.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que todo está mojado.

Sunday trató de no arrugar la nariz.

—¿Mojado?

—Llueve mucho.

—No soy un terrón de azúcar, señor Hazard. No voy a deshacerme.

—Simon, y de tú —le recordó él.

—Simon.

—También… está la cobra rey —mencionó Simon con cuidado.

Sunday le lanzó una soslayada mirada.

—¿Qué pasa con la cobra rey?

—Que puede llegar a tener seis metros de longitud —Simon abrió los brazos—, y pesar diez kilos.

Sunday se encogió de hombros.

—En otras palabras, es una serpiente grande.

—La más grande de las serpientes venenosas. Por fortuna, a la cobra rey no le gusta la gente.

—Esa suerte que tenemos.

—De hecho, se oyen pocos casos de mordeduras de serpiente —le aseguró él.

—Más buenas noticias —dijo ella feliz.

La expresión de Simon era inescrutable.

—Probablemente, porque la mayoría de las víctimas no sobreviven más de una hora si no se las trata inmediatamente con un antídoto.

Sunday no estaba dispuesta a que la asustaran.

—Le prometo que tendré cuidado con dónde piso.

Se hizo una breve pausa.

—Creo que es justo que también le advierta respecto a los elefantes.

—También son grandes, ¿verdad?

A Simon no pareció divertirle el comentario.

—Si un animal de cuatro toneladas enfureciese y cargase contra usted a una velocidad sorprendente, no creo que estuviera para bromas, señora Harrington..

—Sunday, y de tú.

—Está bien, Sunday —la boca de él esbozó una sonrisa sin humor—. Uno no sabe lo que es enfurecer hasta ver a un elefante en musth.

—¿Qué es musht?

—Es el estado de excitación sexual de los elefantes machos y puede durar días; a veces, incluso semanas y meses.

Sunday no se achicó. Simon continuó:

—La regla sagrada de la selva es no fiarse nunca de un elefante.

A Sunday le pareció una regla razonable.

—También está el dung —añadió Simon.

—¿El dung?

—Excremento de elefante.

—De acuerdo, ¿y qué con eso?

Simon arqueó las cejas.

—Un elefante defeca al menos veintiocho veces al día.

Sunday no lo sabía. No era la clase de información que se consideraba de utilidad en el mundo de la moda.

—Debe haber mucho dung.

—Inconmovible —anunció Simon.

—¿El qué?

—Tú.

Sunday dejó de abanicarse y frunció el ceño.

—¿Qué es esto, un test?

—Puedes llamarlo como quieras.

—Imagino que lo he pasado.

—Totalmente. Como he dicho, inconmovible.

—Nada de inconmovible, sino decidida —Sunday cerró los labios con expresión obstinada—. Así es como soy y por eso he conseguido llegar a donde he llegado.

—¿Y dónde es eso?

—A un éxito mucho mayor del que nunca había soñado.

Él la miró con intensidad.

—¿Por qué has venido a Tailandia, Sunday Harrington?

Sunday le dijo la verdad.

—Quería ver la Ciudad de la Niebla —le sostuvo la mirada—. ¿Por qué has venido a Tailandia, Simon Hazard?

—Estaba buscando algo.

Y ella también.

—¿Lo has encontrado? —preguntó Sunday.

—Sí —el samlor se detuvo—. Bueno, ya hemos llegado.

—¿A dónde? —preguntó Sunday aceptando la mano que Simon le ofrecía para bajar del taxi.

—A Wat Po.

Capítulo Tres

—El templo del Buda Recostado —tradujo Simon cuando entraron el patio del Gran Palacio con su complejo de exóticos edificios, docenas de pagodas y doradas cúpulas.

Sunday se detuvo, echó la cabeza atrás y contempló la colosal estatua dorada de Buda tumbado de costado.

—¡Es… es… gigantesco!

—Cincuenta metros de largo por dieciséis de alto —le informó Simon.

Sunday nunca había visto nada igual.

—¡Es magnífico! —exclamó ella.

Simon mostró su acuerdo.

—Sí, lo es. Hay casi cuatrocientos templos budistas en Bangkok, e innumerables estatuas de Buda. El Buda Esmeralda es el más reverenciado. El Buda Dorado es el más valioso, está hecho de oro puro y pesa más de cinco mil kilos. Pero el Buda Recostado es el más raro.

Sunday no era una experta, pero había leído algo antes de ir a Tailandia.

—Creí que siempre se representaba a Buda sentado en posición de meditación.

—Normalmente sí, pero no siempre. Esa es la razón principal por la que al Buda Recostado se le considera tan especial.

Simon tomó una varilla de incienso y la encendió en un quemador en la base de la estatua.

—Esta estatua es de yeso cubierto con papel de Oro. En los pies, tiene incrustadas piedras preciosas que representan los ciento ocho atributos de Buda. Pero, ¿por qué está recostado? Es el estadio final del trayecto de Buda al nirvana.

—Al cielo —murmuró Sunday.

—Al cielo —repitió Simon.

Se quedaron contemplando la estatua, en silencio, unos minutos; después, salieron del templo y se pasearon entre los guardianes, enormes guerreros de piedra; los monjes budistas vestidos de azafrán, aquellas personas que habían ido a ofrecer sus plegarias y los curiosos y turistas.

Sunday miró a Simon de soslayo.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Ya te lo he dicho, quería hablar en un lugar tranquilo donde pasáramos desapercibidos.

—No hay ningún lugar en el que un hombre como tú y una mujer como yo podamos pasar desapercibidos —contestó ella con voz queda.

—Puede que tengas razón —concedió Simon.

—Tuve que hacerle frente a eso hace ya mucho tiempo —admitió Sunday—. No iba a ser una chica modosita y mona.

—¿Querías ser modosita y mona?

—Sí. Aunque sólo hubiera sido por una semana o dos —Sunday rió—. Pero pronto me di cuenta de que no iba a ser mona ni menudita ni frágil y delicada. Nunca iba a pasar desapercibida entre la gente. Siempre iba a destacar.

Sabía que Simon la estaba mirando, pudo sentir sus ojos en ella.

—¿Qué edad tenías cuando llegaste a esa conclusión? —preguntó él.

—Trece.

—Una edad extraña.

—Sobre todo, para una chica que le sacaba la cabeza a todas las demás de su clase —dijo ella con la falta de pasión de la experiencia y la madurez.

—Bueno, eras alta —dijo él encogiendo los hombros.

—Era más que eso —confesó Sunday—. Tenía el cuello de una jirafa y un cuarenta y dos de zapato, pero muy estrecho. Y estaba llena de pecas, de la cabeza a los pies.

—Está bien, eras un patito feo que se convirtió en un cisne.

Sunday decidió cambiar de tema de conversación.

—¿Cuándo te diste cuenta de que eras diferente?

—¿Yo?

Sunday se echó a reír otra vez.

—Claro. Los adolescentes quieren ser más altos que nadie, ¿no?

—Yo, no.

—¿Tú no qué?

—No me había dado cuenta de que fuera diferente.

—¿Por qué no?

—Mi familia.

—Explícate.

—Todos los hombres de la familia Hazard, que son casi una docena si contamos tíos, primos, sobrinos y hermanos, son altos.

Los dos sabían que hablaban de algo más que de altura. Se trataba de altura y de una presencia que imponía.

Sunday sintió auténtica curiosidad.

—¿No hay mujeres en tu familia? Simon frunció el ceño.

—Sólo a las que hemos convencido de que se casaran con alguno del clan. Mi sobrino, Jonathan, se casó con una egiptóloga extraordinaria justo antes de que yo me marchara de Estados Unidos. Cualquier sobrino de ese hombre debía ser un chiquillo.

—¿Cuántos años tiene tu sobrino?

Simon se quedó pensativo durante un minuto.

—Treinta y siete… o quizá treinta y ocho.

Sunday no comprendía.

—¿Cómo…?

—Es una de esas situaciones en la que el tío es más joven que el sobrino —contestó él.

Sunday arqueó las cejas.

—¿Cómo es posible?

Simon alzó sus enormes hombros y volvió a de jarlos caer.

—Mi padre ha estado casado cinco veces y ha tenido cinco hijos. Avery es el mayor y yo el más joven. Nos llevamos treinta años de diferencia. Avery tiene dos hijos, Jonathan y Nick, y los dos son mayores que yo.

—Entiendo.

Pasaron por delante de unas pagodas delicadamente talladas y a través de un jardín tradicional tailandés con árboles y arbustos inmaculadamente podados, enormes jardineras de coloridas flores yestatuas de elefantes de tamaño natural.

—En realidad, estoy en Tailandia gracias a Jonathan —dijo

Simon por fin.

—¿Vino aquí de vacaciones y te animó a que vinieras?

—No exactamente.

Sunday esperó, suponiendo que Simon continuaría.

Y él continuó.

—No sé toda la historia —comenzó Simon—; creo que nadie la sabe, a excepción de Jonathan, pero no suelta prenda. Lo único que sé es que, hace años, tras una paliza de muerte, lo encontraron una mañana en los canales, lo sacaron del agua y se pasó un mes en el hospital recuperándose.

Sunday estaba perpleja.

—¿Le dio alguien una paliza y lo tiró al canal?

—Sí, lo dejó hecho papilla —Simon se detuvo y su mirada se perdió en la distancia.

Había un aire implacable en torno a él, algo extraordinario en sus ojos y en su cuadrada mandíbula. Sunday pensó que no le gustaría tenerlo como enemigo; desde luego, no le gustaría ser el enemigo de Jonathan Hazard si Simon daba con él.

—No lo dejaron hecho papilla literalmente —dijo Simon por fin —. No había ni un solo arañazo en su piel. El daño era interno.

Sunday trató de tragar saliva, pero le resultó imposible.

—Debieron hacerle mucho daño.

—Estaba medio muerto —Simon sacudió la cabeza de lado a lado—. No medio, tres cuartos.

—¿Está bien ahora Jonathan?

—Tan bien como el mejor.

Sunday se sintió aliviada.

—En fin, lo que más le impresionó de Tailandia fue la calidez y hospitalidad de sus gentes. No estaba acostumbrado a eso con el trabajo que tenía.

Sunday sentía más curiosidad que nunca.

—¿Jonathan es… un espía? —preguntó en un susurro.

—Lo era —Simon comenzó a andar de nuevo—. Al menos, eso es lo que se rumoreaba.

—¿Es tu sobrino y no lo sabes seguro?

—Nunca se lo he preguntado. Y él nunca lo ha dicho.

—¡Hombres!

—¿Qué significa eso?

Aunque tratara de explicarlo, Simon nunca lo comprendería. Sunday alzó las manos.

—¡Hombres!

Simon no sabía en qué preciso momento se había dado cuenta de que los seguían. Había empezado con una extraña sensación en la nuca, no sabía que nombre ponerle.

Instinto.

Los hombres de su familia tenían un gran instinto para detectar el peligro. Era una especie de sexto sentido, un talento inexplicable para oler el desastre antes de que ocurriese. Quizá por eso todos trabajaban en algo que implicaba riesgo y peligro.

Cuando salieron del templo del Buda Recostado, Simon tenía plena certeza.

Tres pasos a sus espaldas.

Un hombre pequeño.

Tailandés.

Vestido con pantalones oscuros, camisa blanca y sandalias marrones.

Pelo negro. Ojos negros. Rasgos comunes. Sin embargo, Simon lo había visto antes en alguna parte.

En el Celestial Palace.

¡Maldición! Deliberadamente, se quitó la gorra, sacó un pañuelo de lino del bolsillo trasero del pantalón y se secó el sudor de la frente.

—Hace calor, ¿verdad? —comentó Sunday al tiempo que sacaba un pañuelo del bolso y se secaba el rostro.

—Sí. Vamos a algún sitio con sombra —sugirió él tomándole la mano.

Tiró de ella hasta un banco de piedra a la sombra de unos árboles. Quería ver qué hacía el hombre que les seguía.

—Creía que sabía todo lo que había que saber sobre lo que el calor y la humedad pueden hacerle a una mujer, pero estaba equivocada —dijo Sunday sacando el abanico de seda del bolso.

Agitó el abanico delante de ella y la brisa que produjo le llegó a Simon a la nariz.

Simon respiró profundamente. Sunday Harrington olía a incienso exótico, a calor tropical, a seda cálida y a… rosas. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no inclinarse sobre ella y

ocultar el rostro entre sus pechos.

¡Qué desastre! Quizá había pasado demasiado tiempo lejos de casa. 0 quizá se debiera a sus votos de castidad, por temporales o sabios que fuesen dadas las circunstancias; vivía como un monje budista. Una cosa era segura, que más le valía controlarse.

—Te prometo que hace más fresco en las montañas —dijo Simon aclarándose la garganta.

—Eso espero.

Simon notó la tranquilidad y la calma con que Sunday lo observaba todo. Tenía la habilidad de quedarse muy quieta, de simplemente estar. No era algo que se veía con frecuencia en los occidentales.

Tampoco le perdía ojo al hombre que los seguía. Se había detenido a unos metros de ellos y fingía examinar una roca.

—Este lugar es muy tranquilo —dijo Sunday por fin.

—Tras el ruido, la polución y el tráfico de Bangkok, hay serenidad. La mayoría de la gente lo atribuye a la influencia del budismo —Simon se quitó la gorra otra vez y se pasó los dedos por los cabellos—. Sin embargo, las apariencias engañan a veces.

—No siempre las cosas son lo que parecen.

—Ni las personas —sugirió él.

—¿Te refieres al hombre que nos está siguiendo desde que salimos del Celestial Palace?

Simon no ocultó su sorpresa.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Por nuestro propio bien, las mujeres desarrollamos un sexto sentido en lo que a ese tipo de cosas se refiere —dijo ella—. Yo diría que parece bastante inofensivo. ¿Qué querrá?

—Probablemente, tu bolso.

—No imagino por qué. No va con la ropa que lleva —bromeó ella dedicándole una sonrisa.

—Ahí viene. Déjame hablar a mí. Tú no le quites el ojo a tu bolso —le advirtió Simon.

—No creo que un ladronzuelo se acerqué primero a la víctima para charlar —comentó ella.

El hombre se detuvo a un par de metros de ellos. Inclinó la cabeza y le dijo a Simon en un inglés excelente:

—Si los tuviera como huéspedes en mi humilde casa, les

ofrecería a usted y a su señora un vaso de agua fresca.

—Un vaso de agua fresca sería enormemente apreciado —respondió Simon con la misma cortesía.

La expresión del desconocido era enigmática.

—El hombre que posee una buena esposa posee algo valioso.

Simon le devolvió la quieta mirada.

—La señora no es mi esposa.

—El hombre que tiene buena salud es joven.

Sunday se inclinó sobre Simon y le murmuró al oído:

—¿Estás sano?

—Como un roble —le contestó él ladeando la boca.

Después, volvió toda su atención al hombre que les había seguido.

—Un cobarde escapa, pero un hombre valiente elige el peligro —dijo el desconocido.

—Un perro vivo es mejor que un tigre muerto —respondió Simon con la misma inescrutabilidad.

—El día es para el hombre honesto, la noche para los ladrones.

Sunday emitió un sonido de impaciencia.

—No me digas que este hombre también ha pasado un año con los monjes.

El caballero tailandés se dirigió a ella y le respondió:

—Así es, gentil dama. Es nuestra costumbre.

—Casi todos los hombres tailandeses pasan parte de su adolescencia en un monasterio budista; durante ese tiempo, hacen votos de castidad y pobreza —explicó Simon a Sunday—. Algunos deciden que es su karma y acaban siendo monjes. El resto regresan al mundo.

—¿Y todos aprendéis a hablar con proverbios? Simon la ignoró.

Pero el extraño respondió:

—La verdad es la verdad —entonces, alzó las manos con las palmas hacia arriba—. Debe comprender, señor, que tengo una esposa y cinco hijos a quienes alimentar y vestir.

Simon entrelazó los dedos de sus manos.

—Tiene muchas responsabilidades.

—Muchas responsabilidades. Tantas que no puedo dejar a mi familia y viajar al norte.

—Es un viaje largo y la carretera que sube a las montañas es

difícil.

—Hace un rato, dijiste que el camino que sube y el que baja es el mismo —interpuso Sunday.

Simon no la miró, pero le contestó con los dientes apretados.

—También se dice que hay dos días en los que una mujer es un placer, el día que uno se casa con ella y el día que la entierra.

Eso provocó el efecto deseado. Sunday se calló.

—Siento que mi posición en la vida, sólo soy un bajo empleado, me impida dárselo como regalo —dijo el hombre.

Simon se cuidó de no reaccionar. El caballero tailandés continuó.

—Se dice que era un extraño entre nosotros. Sin embargo, ha aprendido nuestra lengua y comprende nuestras costumbres. Ya no es un farang.

—Gracias.

—Es un hombre de negocios.

—Soy un hombre de negocios.

—En ese caso, no echará de menos los pocos bath que, desgraciadamente, debo pedirle a cambio. Vale una fortuna para una persona emprendedora.

De acuerdo, él era emprendedor.

—Sólo unos pocos hombres ven lo que tienen delante. Usted es uno de esos hombres, ¿verdad, señor?

Simon inclinó la cabeza ligeramente. Alabanza: un instrumento antiguo y útil en las negociaciones. El hombre se adentró en la sombra del árbol, se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsa de seda. Con cuidado, la abrió y sacó un trozo de papel que parecía viejo y estaba amarillo.

Simon sentía curiosidad.

—¿Qué es?

—Es un jeroglífico. Un mapa.

—¿Adónde me conducirá?

—A la felicidad y a la riqueza.

Simon no movió un músculo.

—¿No podría ser un poco más concreto?

—Lo conducirá al Buda Oculto de la Niebla Celestial —declaró el vendedor del mapa.

Simon no ocultó su escepticismo.

—No he oído hablar de ningún Buda oculto.

Los labios del hombre esbozaron una sonrisa misteriosa.

—En ese caso, su nombre es apropiado, ¿no?

Simon estaba lejos de dejarse convencer. —Puede ser.

—Todo lo que he dicho es verdad. Simon se pasó la mano por la barbilla.

—Le daré cien bath por el papel. El hombre pareció quedarse perplejo.

—Vale muchas veces esa cantidad, y tengo mujer y seis hijos a quienes alimentar y vestir.

—Creí que había dicho cinco hijos.

—Vive con nosotros el hijo de mi hermana, que vino hace un año y ahora no quiere marcharse. Antes no lo había contado.

—Doscientos bath.

—Mi hija mayor está en edad de contraer matrimonio. Debo encargarme de las ofrendas para el templo y del banquete de boda.

—Trescientos.

Sunday abrió su bolso y rebuscó. Simon supuso que estaba buscando el pañuelo. Pero lo que Sunday sacó fue un manojo de billetes y se los dio al hombre.

—Le daré mil bath por el mapa.

Los ojos del tailandés fueron de Simon a Sunday y viceversa.

—Pero…

Simon lanzó un suspiro de resignación.

—Que sean mil bath.

El tailandés les dio el mapa y aceptó el dinero a cambio. Inclinó varias veces la cabeza.

—Que la luz sea con usted, generosa señora, y con usted, señor.

Después, se dio media vuelta y se alejó.

—Has pagado demasiado por eso —le dijo Simon.

—Eso depende.

—Ese mapa no vale nada.

—Lo más probable.

Simon sabía que ella no era tonta.

—En ese caso, ¿por qué le has dado mil bath por él?

—Por la misma razón por la que tú ibas a darle trescientos —respondió Sunday.

Simon se quedó sentado, a la espera. Ella explicó:

—Quizá sea verdad que tiene una mujer y cinco hijos a quienes alimentar y vestir.

Simon se cruzó de brazos y estiró las piernas.

—Seis, no olvides el hijo de su hermana.

Sunday se levantó el cabello de la nuca con un gesto que cautivó la atención de Simon.

—Echemos un vistazo a lo que nos ha costado mil bath, ¿de acuerdo?

—¿Por qué no? —dijo él casi con un gruñido.

Desdoblaron el papel y ella se lo puso encima de las piernas.

—Parece un mapa —dijo Sunday señalando la parte inferior del papel—. Y estos son una especie de símbolos.

—El hombre ha dicho que es un mapa y un jeroglífico —comentó Simon estudiando el rudimentario dibujo—. Creo que reconozco esta región.

Indicó una línea serpenteada en el medio. Sunday arqueó las cejas, que eran del mismo co lor que sus cabellos.

—¿Qué es?

—El río Pai.

Le miró y Simon se pensó que era el tono de verde más increíble que había visto.

—tY dónde está el río Pai? —preguntó ella.

—En el norte.

—¿Cerca del sitio a donde vamos?

—Sí.

—¿Cómo de cerca? No podía mentirle.

—Muy cerca. No lejos de Mae Hong Son. Sunday arrugó la frente.

—¿Mae Hong Son?

—La Ciudad de la Niebla. Sunday se mordió los labios.

—Increíble.

—Increíble —repitió él en tono sardónico.

Sunday alzó la barbilla. Sus mejillas se sonrojaron. Quizá, años atrás, su piel había estado cubierta de pecas; pero ahora, era como la piel del melocotón.

—Pareces un poco… escéptico.

Más que un poco, pensó Simon.

—Es porque lo soy.

—¿Por qué?

—Demasiada coincidencia.

—¿El qué?

Simon alzó los ojos como si rezase por tener suficiente paciencia.

—Vamos a ir a la Ciudad de la Niebla. Un desconocido se presenta y nos vende un mapa que nos conducirá a grandes riquezas. Y resulta que ese lugar está al lado de la Ciudad de la Niebla —Simon descruzó los brazos y se puso en pie—. Ese hombre debe habernos oído hablar en el Celestial Palace, Sunday, y ha decidido vendernos un mapa. Tiene un buen negocio.

—Estás convencido de que el mapa es falso.

—Sé que es falso.

—Podría estar de acuerdo contigo, excepto por una cosa.

—Qué cosa?

—Que no hemos hablado de la Ciudad de la Niebla hasta después de salir del bar. Así pues, cómo sabía ese hombre qué mapa ofrecernos?

¿Y cómo lo iba a saber él? Quizá había tenido suerte.

De ser inteligente, pensó Simon, le devolvería a esa mujer el depósito que le había dado y así sé ahorrarían los dos un montón de problemas.

—No lo sé y, con franqueza, no me importa. Vamos, es hora de que te lleve al hotel. Querrás acostarte pronto.

—¿Por qué?

—Porque mañana saldremos más pronto todavía.

—¿A qué hora?

—A las seis de la mañana.

Simon se dio cuenta de que no parecía exactamente encantada con la noticia.

Sunday se guardó el abanico en el bolso, y el mapa.

—Quieres decir que debo pedir que me despierten a las seis, ¿verdad?

—No.

Sunday alzó la cabeza.

—¿Tengo que estar preparada para las seis?

—Preparada y esperando en la puerta del hotel, con la única maleta que se te permite.

—Sólo una maleta? —preguntó ella incrédula.

Simon casi se estaba divirtiendo.

—Y será mejor que puedas cargarla tú sola. No hay botones por los sitios donde vamos a ir. A propósito —dijo Simon llamando a un samlor—, ¿en qué hotel estás?

—El Regent.

Debería haberlo supuesto.

—Sólo lo mejor, ¿eh?

—Sólo lo mejor —respondió ella como si midiera sus palabras.

Media hora más tarde, el taxi se detuvo delante del hotel más lujoso de Bangkok. Cuando salió del pequeño vehículo de tres ruedas, Simon recordó dónde había visto a Sunday Harrington.

—Ya lo sé.

Ella volvió la cabeza.

—¿Ya sabes qué?

—Dónde te había visto antes.

Fue hacía siete años. Con un bikini morado, había aparecido en todos los periódicos, revistas y programas de amenidades de televisión.

—En la cubierta del Sports Illustrated.

—Tienes buena memoria para las caras —dijo Sunday antes de desaparecer tras las puertas del Regent.

No sólo para las caras, recordó Simon.

Capítulo Cuatro

De nuevo, el pasado.

Antes o después, siempre ocurría. Pero no había esperado que fuera en ese momento.

No había esperado que fuera Simon Hazard quien lo reviviera.

Se negaba a disculparse por lo que había hecho y por lo que había sido. Y no daba explicaciones. No tenía por qué hacerlo. Había tenido un gran éxito como modelo y siempre recordaría con agradecimiento esa parte de su vida.

Pero no era una muñeca. No era un cuerpo y un rostro sin cerebro. No era un trozo de carne. No era una mujer «fácil».

Era una diseñadora de modas con talento, tenía su propio negocio y era una mujer madura de treinta años. Sin embargo, la mayoría de la gente, los hombres sobre todo, la veían siempre como una sexy con un bikini morado.

—Ese maldito bikini me va a perseguir toda la vida —murmuró Sunday mientras cruzaba el vestíbulo del Regent de camino a los ascensores.

Simon Hazard tenía razón en una cosa: había sido un gatito feo. Desgarbada, dentona, pecosa, patosa y sin formas; eso la describía perfectamente a los quince años.

A los dieciséis floreció milagrosamente. Como resultado, firmó un lucrativo contrato con una agencia de modelos de Nueva York. Mientras el resto de las chicas de su clase, en Cincinnati, pensaban en qué ponerse para la fiesta de graduación, Sunday estaba en París como modelo de alta costura para uno de los más prestigiosos diseñadores. Desde ese momento, no había hecho más que ascender en su carrera, y nunca volvía la vista atrás.

Nunca.

Desde el principio, insistió en sólo lucir tres colores: rosa, morado y rojo. Eso la hizo famosa.

A los veinte años, salía en las portadas de las revistas de moda más importantes, de Elle a Vogue, y ganaba la increíble suma de cincuenta mil dólares al día.

A los veintidós, fue elegida para aparecer en la portada de la edición anual de la revista Sports Illustrated. Sunday y su diminuto bikini habían pasado a la Historia. Se vendieron más ejemplares de la revista que nunca. Durante un tiempo, mirase donde mirase, Sunday se veía a sí misma con esos tres ridículos triángulos morados.

Cuando empezó como modelo, lo hizo con los ojos bien abiertos; pero no había contado con el apetito insaciable de la prensa. Cualquier supermodelo era considerada una buena presa. Sin su consentimiento, incluso sin su conocimiento, su vida se convirtió en un libro abierto. Un periodista hizo una investigación en la que entrevistó a sus antiguos compañeros de colegio.

—¿Sunday Harrington? La llamábamos «la jirafa».

—¿Sunday Harrington? ¿No sale ahora con un cantante de rock?

—Claro, por supuesto que conozco a Sunday Harrington. Eramos íntimas amigas de pequeñas —declaró una chica de quien Sunday no recordaba ni el nombre.

—Sunday estuvo enamorada de mí durante años, puede que siga estándolo —dijo Brad Peterson, el capitán del equipo de futbol, cuyos días de gloria acabaron cuando se graduó.

Fue suficiente para ella. A los veintitrés, se retiró.

Ojos que no ven, corazón que no siente. Eso era lo que quería y eso era lo que tenía desde hacía cinco años. Dos años atrás, se había graduado en la universidad y había montado su negocio como diseñadora de modas.

Sus artículos sólo se vendían en las tiendas de modas más prestigiosas. Hacía un poco de todo, desde joyas a cinturones, desde pañuelos a bolsos. Todo en rojo, rosa o morado. Todos los artículos llevaban sus iniciales: S y H.

Era su negocio como diseñadora lo que la había llevado a Tailandia. Por primera vez en su vida, quería trabajar la seda. ¿Y dónde mejor para aprender todo lo posible sobre la seda que en el país que había sido revolucionado por otro americano? Antes de su

misteriosa desaparición veinticinco años atrás, Jim Thompson había hecho famosa la seda tailandesa.

Cuando abrió la puerta de su suite, una oleada de aire frío la dio en la cara. Cerró la puerta, echó la llave y se dirigió directamente al dormitorio. Dejó el bolso encima de la cómoda, se quitó las sandalias, se quitó los pantalones y la camisa y se tumbó en la cama. Tenía calor y estaba cansada y hambrienta, pero la cena podía esperar. Lo primero, era una siesta.

No le resultó fácil dormirse, no podía dejar de pensar.

¿Qué hacía en la otra parte del mundo, tan lejos de su casa? ¿Por qué iba a ir a las montañas del norte de Tailandia con ese vaquero?

Pero conocía la respuesta. Estaba trabajando. Estaba buscando inspiración y un camino propio como diseñadora. Además, Simon Hazard no era un vaquero. Era un enigma. Desde luego, era diferente de los hombres con quienes salía normalmente.

A pesar de su edad, había cumplido los treinta años hacía unos meses, y a pesar de la fama que tenía en las revistas del corazón, la experiencia de Sunday con los hombres era mucho más limitada de lo que cualquiera habría imaginado.

Al principio, había sido demasiado joven y poco atractiva; después,' demasiado famosa. Además, los hombres que conocía parecían ser todos o fotógrafos casados o diseñadores afeminados.

Ahora tenía demasiado prestigio.

Y era demasiado mayor.

—Sólo se tiene la edad que una siente que tiene —murmuró Sunday—. Que, en estos momentos, es entre noventa y cinco y cien.

Durante un tiempo se debatió entre el sueño y la vigilia. A menudo, se le ocurrían las mejores ideas cuando se encontraba en ese estado. Aquella tarde no fue una excepción. Veía imágenes que luego desaparecían. Monjes de azafrán. El aroma exótico del incienso. Bulas Dorados y selvas tropicales, mangos y cremosas salsas de coco. Enormes estatuas de elefantes. Comida agridulce, pasteles. Bailarinas tailandesas de pies descalzos y uñas largas. campanas y cimbeles. Doradas cúpulas y pagodas. Bambú. Ríos marrones. Panteras negras.

Imágenes, sonidos, olores, impresiones… En medio de todo aquello, encontró lo que estaba buscando. Diseñaría una colección

completa en seda. Los colores serían los tailandeses: marrón, verde y azafrán. La colección ser llamaría Siam.

De nuevo, el pasado.

Antes o después siempre ocurría, pero no había esperado que fuera en ese momento.

No había esperado que fuera Simon Hazard.

En las oficinas centrales, alguien había hecho una chapuza. Hacía sólo un mes que le habían informado que otro Hazard, Jonathan, estuvo en Tailandia. Desde entonces, había estado investigando a ese hombre.

Lo que había descubierto sobre Simon Hazard no tenía sentido. El tipo era millonario: tenía su propia compañía, una casa e incluso una isla tropical. ¿Por qué un hombre así estaba en Tailandia llevando turistas en un desvencijado Range Rover?

A menos que Simon Hazard estuviera allí para saldar una deuda.

Dio la última calada a su cigarrillo, sin filtro, lo sacó de la boquilla de marfil, y tiró la colilla al cenicero.

Ahora parecía que había también una mujer, una modelo o diseñadora de modas.

Se había permitido suponer que Sunday Harrington estuviera implicada. Al fin y al cabo, viajaba mucho y tenía una excusa perfecta. Pero había un fallo en su teoría: Sunday Harrington llamaba demasiado la atención. Con esa altura, ese cabello y esos ojos destacaba en cualquier parte.

Lanzó un suspiro. Iba a resultar un verdadero lío. Había demasiada gente implicada, demasiadas posibilidades de ser descubierto. Ese endiablado asunto le ponía nervioso.

No le gustaba estar nervioso.

Supuso que no podía culpar a nadie más que a sí mismo. Había cometido un error años atrás con Jonathan Hazard: le había dado por muerto. Había supuesto que se ahogaría en el Chao Phraya como cualquier mortal.

Desgraciadamente, Jonathan Hazard sobrevivió y podía contarlo todo. Y ahora, ocho años después, otro Hazard aparecía en Bangkok, Krung Thep.

—¿una mesa para uno, señor? —preguntó el ma% tre del lujoso restaurante.

—Sí, para tomar el té —respondió él.

Miró a su alrededor, estaba rodeado de seda, madera noble y exquisita porcelana.

Siempre viajaba en primera. Le gustaban los hoteles lujosos, los restaurantes lujosos y las mujeres lujosas. Y no iba a permitir que nadie lo impidiera.

Tenía que deshacerse de ambos, de Simon Hazard y de Sunday Harrington. Y esta vez no iba a fallar. Esta vez, se cercioraría de que era el final para ambos.

Capítulo Cinco

A la mañana siguiente, Simon paró el coche delante del Regent a las seis en punto. Sunday Harrington estaba esperando con una bolsa pequeña a su lado. Llevaba un sencillo vestido rojo, un pañuelo de seda rojo, el mismo bolso que llevara el día anterior, las mismas gafas de sol y las mismas sandalias de cuero.

Tenía aspecto de millonaria.

—Hay que reconocer que tiene estilo —murmuró Simon para sí mientras abría la portezuela del coche y salía—. Buenos días.

—Sí, lo son —respondió ella con un elegante movimiento de cabeza.

—Eres puntual —observó Simon.

Ella le lanzó una mirada a través de los cristales de las gafas.

—No me has dejado otra alternativa. Simon se agachó para recoger la bolsa.

—Así es.

Sunday le siguió hasta la parte posterior del vehículo.

—Supongo que, de no haber estado lista, te habrías marchado sin mí.

—Suposición correcta —contestó Simon al tiempo que metía la maleta en la parte trasera del coche.

Luego, se volvió, la miró y apuntó el dedo a su vestido.

—Este atuendo es muy…

—¿Rojo?

—No, iba a decir poco práctico —Simon se cruzó de brazos y se apoyó en el Rover—. Unos vaqueros serían más apropiados.

Simon esperó mientras la expresión del rostro de Sunday mostraba irritación. La expresión desapareció.

—Todavía estamos en la ciudad, pero tengo unos vaqueros en la

bolsa —le informó ella.

—Y supongo que también tendrás una camiseta.

—También.

Simon arqueó una ceja.

—¿Y un par de botas?

—También.

—¿Y un impermeable?

—También —dijeron los dos al unísono.

—No tengo tan poco cerebro como cree, señor Hazard —comentó Sunday fríamente.

—Irás en el asiento de delante —informó él abriéndole la puerta para demostrarle que no había olvida do por completo sus buenos modales.

—Gracias —dijo ella mientras se deslizaba en el asiento.

Simon sacó el coche de allí y pronto se vio en medio del terrible tráfico de Bangkok.

Les pasaba un coche tras otro, se oyeron las bocinas, los conductores gritaban, las ruedas chirriaban y los tubos de escape soltaban porquería. Simon decidió hacer un comentario al respecto.

Después de aclararse la garganta, anunció:

—Bangkok se está hundiendo.

Una brillante ceja roja se arqueó por encima del borde de las gafas de sol. Quizá debería explicarse.

—A Bangkok la llaman la Venecia de Oriente y, haciendo gala de este nombre, se está hundiendo. En algunos lugares, a una velocidad de diez centímetros por año.

Manteniendo una mano en el volante, Simon se quitó la gorra con la otra, se pasó los dedos por los cabellos y se volvió a poner la gorra.

—La mayoría de los expertos le echan la culpa a la construcción de rascacielos en lo que eran tierras de labranza y a haber sacado agua subterránea sin estudiar los efectos. También hay cientos de miles de canales e inundaciones periódicas en las tierras del delta.

—En ese caso, puede que sea una suerte que nos vayamos de aquí —comentó Sunday.

Sin previo aviso, una camioneta les adelantó. De repente, el conductor frenó, abrió la puerta, salió de la cabina y comenzó a descargar cajas.

—¡Plátanos! —murmuró Simon con el pie en el pedal del freno.
—¿Plátanos? —repitió Sunday.
Simon asintió.
—Plátanos, mangos… todo tipo de frutas de camino al mercado.
Levantó el pie del pedal del freno, maniobró para rodear la camioneta y volvió al tráfico.
Simon notó que su pasajera estaba sentada con la espalda muy derecha. Tenía las manos en el regazo e, intermitentemente, se mojaba los labios con la lengua. Parecía que, después de todo, aquella mujer no era inconmovible.
—Eres un hombre muy valiente —dijo Sunday por fin.
Simon sabía a lo que se refería.
—¿0 quizá loco?
—0 valiente o loco, para conducir en este tráfico —declaró ella con absoluta honestidad; después, respiró profundamente y soltó el aire despacio—. ¿Cómo lo haces?
—No es una cuestión de valor.
—Hablo en serio, ¿cómo puedes conducir aquí?
Simon miró por el espejo retrovisor y giró la primera a la izquierda.
—Ya te lo he dicho…
—Ya, no es una cuestión de valor —repitió Sunday; luego, se permitió una pequeña carcajada—. Y yo que creía que conducir en Nueva York era una locura.
—Todos nacemos locos. Algunos, seguimos locos —dijo Simon casi para sí mismo.
Por fin, Sunday sonrió.
—Tienes un proverbio listo en todo momento, ¿verdad?
—Más o menos.
Simon condujo en silencio durante cinco minutos. Después, se metió en un estrecho callejón y se metió en un aparcamiento detrás de una iglesia. Sunday se pasó la mano por la nuca.
—¿Qué es esto?
Simon aparcó el Rover y apagó el motor.
—Nuestra siguiente parada. Sunday se quitó las gafas.
—¿Dónde estamos?
—En St. Agnes —respondió él.
—¿Una iglesia católica en medio de Bangkok?

La pregunta era meramente retórica, ya que aquello era una iglesia católica.

—También convento. Y clínica que llevan las hermanas de St. Agnes. Se las llama, cariñosamente, «Aggies» —le informó Simón.

—¿Te importa que te pregunte por qué hemos parado aquí?

—Tengo que recoger unas cosas que quieren que lleve a Chiang Mai —respondió Simon rápidamente—. No te preocupes, pilla de camino a Mae Hong Son.

—Mae Hong Son, la Ciudad de la Niebla —dijo Sunday con voz distante—. Y, para tu información, no estaba preocupada.

—Estupendo, porque necesitan medicinas desesperadamente en la clínica que las hermanas de St. Agnes tienen en el norte de Tailandia. Y ahora, espérame aquí vigilando nuestras cosas. Enseguida vuelvo.

Cuando Simon volvió diez minutos más tarde, Sunday no parecía haber movido un solo músculo. Nunca había visto a una mujer tan poco dada a curiosear, quizá fuese el resultado de años de posar delante de las cámaras. 0 quizá fuese un mar de calma en medio del caos general de la vida.

La caja de medicinas le estaba pesando. Sunday debió darse cuenta de que necesitaba que le echaran una mano porque abrió la puerta y salió del coche inmediatamente.

—Gracias. Va atrás —dijo él.

Dejó la caja entre la bolsa de Sunday y su mochila, asegurándola para que no se moviera demasiado hasta que el siguiente pasajero metiera su equipaje. Luego, cerró la puerta.

Fue entonces cuando una voz femenina, fría, tranquila y con un ligero acento, dijo:

—Gracias, Simon. No sé que haríamos sin ti. Simon se volvió.

—Es un placer, madre superiora.

Sunday intentó no quedársela mirando abiertamente, pero la mujer que le acababa de hablar a Simon era muy hermosa. Quizá, una de las mujeres más bonitas que había visto nunca, y había visto cientos debido a su profesión.

La madre superiora iba vestida con un hábito blanco. De su cuello colgaba una cruz de oro y de la cintura un manojo de llaves.

—¿Quién es ella? —preguntó la monja con cortesía.

Simon hizo las presentaciones oportunas. Cuando terminó, la

mujer dedicó una cálida sonrisa a Sunday.
—¡Sawat-dü! Bienvenida a Tailandia, señorita Harrington.
—Gracias, madre superiora.
—Tengo entendido que va a ir al norte con Simon.
Sunday asintió.
—Sí, así es.
—Ha elegido bien.
Eso esperaba Sunday.
—Será mejor que nos pongamos en camino —interpuso Simon —. Todavía tengo que recoger a mis pasajeros y me gustaría salir de la ciudad antes de que se eche el calor encima.
La madre superiora cruzó las manos y asintió.
—En ese caso, espera un momento, enseguida vuelvo.
La monja desapareció rápidamente tras las puertas del convento.
Simon se volvió a Sunday y encogió los hombros.
—La madre superiora debe haber olvidado el correo. A veces, junto con las medicinas, llevo cartas a las hermanas de Chiang Mai.
Sunday miró por encima del hombro de Simon.
—Creo que no se trata del correo —le dijo en un discreto susurro.
Era otra monja. Llevaba una desvencijada maleta en la mano derecha y un paraguas en la izquierda. Era menuda y joven. Su hábito era idéntico al de la madre superiora, pero ésta no llevaba llaves sujetas a la cintura.
La madre superiora alzó una mano e hizo la señal de la cruz al tiempo que daba su bendición.
—Que Dios, nuestro Señor, sea contigo, hermana.
—Gracias, madre —murmuró la monja.
A continuación, la madre superiora de St. Agnes se dirigió a ellos.
—Que Dios os bendiga a todos y lleguéis sanos y salvos.
Tras esas palabras, entró en el convento. La puerta se cerró tras ella.
La joven monja miró a uno y luego al otro; al parecer, se dio cuenta de lo sorprendidos que estaban y dijo en tono de disculpa:
—A la madre superiora se le había olvidado decir que iba yo, ¿verdad? Estoy segura de que cree que se lo había dicho. Lo que le ocurre es que está muy ocupada últimamente, tiene muchas

responsabilidades.

Sunday dio un paso adelante.

—No se preocupe, hermana. No es problema. Yo me llamo Sunday Harrington, soy otra de las pasajeras del señor Hazard.

La joven monja le devolvió la sonrisa.

—Encantada de conocerla, señorita Harrington. Yo soy la hermana Agatha Anne.

Simon tomó la maleta de la monja y la metió en la parte trasera del coche mientras la hermana Agacha Anne ocupaba su asiento.

La recién llegada preguntó con voz dulce y curiosa:

—¿Se llama realmente Sunday?

—Sí, así es.

—¿Y nació en domingo?

—Sí.

—Los niños nacidos en el día sabático son justos, sabios, buenos y alegres —declaró la hermana Agatha Anne.

Sunday rió.

Cuando todos estuvieron acoplados en el coche, Sunday se volvió a Simon.

—¿Sabes lo que significa el nombre de Simon?

La hermana Agatha fue quien respondió.

—Simon significa «aquél que oye».

—En este momento, significa «aquél que habla» —les informó él —. Por favor, pónganse los cinturones de seguridad. Vamos a tener que darnos prisa para recoger al matrimonio Grimwade.

—¿Grimmwade? —liba a acompañarles más gente?—. ¿Quiénes son el matrimonio Grimwade?

Tres cuartos de hora más tarde, la hermana Agatha Anne obtuvo la respuesta a su pregunta, cuando el matrimonio Grimwade se unió a la expedición. Eran una joven pareja de turistas australianos de viaje por Tailandia y Malasia.

—Queremos ver el mundo ahora que todavía somos jóvenes y podemos disfrutarlo, ¿verdad, cielo? —dijo Nigel Grimwade, un joven delgado, de fino cabello rubio, que tenía su delgada mano siempre encima de su delgada esposa.

—Esta es la primera vez que salimos de Australia —explicó Millicent Grimwade—. Ustedes dos son americanos, ¿verdad?

Sunday volvió la cabeza en su asiento.

—Sí, lo somos.

—Millie y yo queremos visitar algún día los Estados Unidos, ¿verdad, querida? —dijo Nigel Grimwade.

Su esposa asintió.

—El mundo de Walt Disney. —Epcot —añadió él.

—El acuario de San Diego —dijo Millie Grimwade después de sacar un pañuelo de bolso para limpiarse las gafas—. ¿Ha estado en muchos países, señorita Harrington?

—En algunos.

—Tiene tipo de modelo.

Fue un comentario inocente. De hecho, lo había dicho como halago. Sin embargo, había algo en el tono de Millicent Grimwade…

La australiana se puso las gafas, se sonó la nariz, metió el arrugado pañuelo en el bolso y continuó.

—Lo que quiero decir es que es muy alta y delgada, y guapa.

—Gracias —respondió Sunday sin saber qué otra cosa decir.

La joven señora Grimwade insistió.

—¿Ha trabajado como modelo alguna vez?

—Un poco. Cuando era más joven.

—Supongo que, cuando una mujer alcanza cierta edad, sus días como modelo se acaban. ¿A qué se dedica ahora, señorita Harrington? —inquirió Millie Grimwade.

Sunday apretó los dientes antes de contestar.

—Soy diseñadora de modas.

Decidió no mencionar que muchas modelos toda vía estaban en la cumbre de su fama pasados los treinta años, e incluso a los cuarenta y más. La señora Grimwade parecía no haber pasado la adolescencia todavía.

Por fortuna, en ese momento, la pareja australiana emprendió una conversación con la hermana Agatha Anne.

Sunday se inclinó hacia Simon y, bajando la voz, le preguntó:

—¿Vamos a recoger a más pasajeros, señor Hazard?

—Sólo uno más.

Sunday le observó el perfil. Tenía unas orejas bastante bonitas; no eran ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas, y las tenía muy bien pegadas a la cabeza. Por algún motivo inexplicable, lo achacó al calor y a la humedad, Sunday sintió un repentino deseo

de soplarle al oído para ver qué hacía.

Sacudió la cabeza.

—¿Sólo uno?

Simon mantuvo los ojos fijos en la calle.

—El coronel Arthur Bantry.

—Vas a llevar el coche lleno —comentó ella.

—Más de lo que esperaba —respondió Simon sólo para que Sunday lo oyera—. La hermana Agatha Anne me ha pillado de sorpresa y el coronel ha decidido venir en el último momento.

—Supongo que podrías decirnos eso de cuántos más, mejor —dijo Sunday filosóficamente al tiempo que se levantaba el pelo del cuello.

Sentía no haber tenido tiempo para recogérselo en un moño.

—Sí, supongo que sí —dijo Simon sin sonar muy convencido.

Ella lanzó una queda carcajada.

—Me siento como un personaje de una de esas novelas de Agatha Christie en las que hay un grupo variopinto de individuos entre los que ocurre un asesinato misterioso.

—Sí, y todos resultan ser sospechosos.

—Pero, al contrario de lo que todo el mundo piensa, no es el mayordomo.

—Y tampoco es el fiel y trabajador guía.

Ella arqueó una ceja.

—Estás seguro?

—Absolutamente —respondió Simon lanzándole una mirada de reojo—. Creo que la culpable es una antigua modelo.

Sunday sacudió la cabeza.

—Imposible. Bueno, al menos, poco probable.

Bajó la mirada, fijándose en el espacio que los separaba. Tendría que correrse hacia él para dejar sitio al coronel en el asiento delantero, lo que casi la colocaría encima de Simon.

—Vamos a ir como sardinas en lata.

Simon soltó una mano del volante y le dio unas palmaditas en el brazo.

—No te preocupes. Nadie va a matar a nadie en este coche, por muy lleno que esté. Esa es una de mis condiciones.

En ese momento, Simon paró el coche delante de otro lujoso hotel. Un caballero de perfecta compostura, vestido con una

chaqueta casi militar, estaba esperando en la escalinata de la entrada. A sus pies, había una pequeña maleta. Sus zapatos brillaban de limpios y se apoyaba en un bastón con mango de cobre.

—¿El coronel Bantry?

—El mismo. Usted debe ser el señor Hazard, ¿no? Simon asintió.

—Permítame que le lleve la maleta.

—No se moleste. De todos modos, gracias, amigo.

Pronto la maleta se unió al resto del equipaje en el vehículo.

—Deje que le presente a los demás pasajeros —le dijo Simon al caballero británico que se unió a ellos en el asiento delantero del coche.

Sunday observó y escuchó. Respondió cuando le tocó el turno, pero algo la preocupaba: partes de la conversación que había mantenido el día anterior con Simon.

«Las cosas no son siempre lo que parecen», le había dicho ella a las puertas del templo del Buda Recostado.

«Ni las personas», respondió él.

Había algo extraño en esa gente, pero no sabía qué era.

Tenía una sensación muy rara.

Era como si ninguno de ellos fuese realmente quien decía que era.

Capítulo Seis

Sunday se retractó.

Después de viajar con esa gente durante cuatro días en el destartalado Range Rover de Simon, de dar brincos por esas carreteras evitando a los lunáticos conductores de camiones tailandeses, de comer sólo lo que se podía pelar, de racionar el agua, de dormir en pensiones de carretera, de utilizar cuartos de baño primitivos y, a veces, de tener que conformarse con la privacidad que procuraba un Ficus elastica, Sunday se dio cuenta de que esas personas eran lo que aparentaban ser.

La hermana Agatha Anne era una mujer callada y dulce. A veces, charlaba con alguno de sus compañeros; pero, la mayoría de las veces, tenía los ojos pegados a un libro titulado El Camino de las Monjas.

El matrimonio Grimwade era diferente. Eran dos jóvenes inmaduros, pesados y excesivamente afectivos el uno con el otro. Hablaban en voz alta y sin parar.

El coronel era otra cosa. Un hombre sumamente educado, de excelentes modales, muy cortés y muy, muy inglés.

Pero fue Simon quien más la había sorprendido. Había esperado que sólo les diera problemas. Sin embargo, tenía verdadera habilidad en el trato con la gente. Era diplomático, paciente, simpático y era un líder por naturaleza.

—Scroop es un término específico para denominar el crujido especial de la seda —le dijo Sunday al coronel, continuando con la conversación que habían empezado después del almuerzo.

A continuación, fue el turno del coronel de hacer una oscura observación. Pensó por un momento y dijo:

—La mordedura de la cobra rey puede matar a un elefante.

—Sí, lo sé —Sunday se preguntó si Simon estaría prestándoles atención.

El caballero lo intentó de nuevo.

—Un elefante puede llegar a correr a una velocidad de cuarenta y seis kilómetros por hora.

Sunday no sabía eso.

—Si eso es cierto, un hombre no puede sobrepasar a un elefante.

El coronel se tocó el bigote.

—Cierto.

—Creo que ya lo he dicho antes —interpuso Simon con voz burlona—, la primera regla de la selva es…

—No fiarse nunca de un elefante —le interrumpió Sunday acabando la frase por él.

Simon sonrió.

—Vaya, veo que te acuerdas.

—Sí, me acuerdo.

—De acuerdo, atención todo el mundo —dijo Simon—. La carretera que tenemos que tomar para ir primero a Lamphun, luego a Chiang Mai y, a partir de ahí, a Hong son, es empinada, estrecha y, de vez en cuando, durante la época de lluvias, es muy traicionera.

Aquella era la época de las lluvias, recordó Sunday. El mismo Simon se lo había dicho.

—Últimamente, ha habido unos cuantos… incidentes.

—¿Incidentes? —de repente, Sunday sintió un escalofrío—. ¿Qué clase de incidentes?

—De vez en cuando, el ejército de la Unión de Myanmar hace redadas en la frontera entre Tailandia y la antigua Birmania. También hay bandidos de carretera que asaltan a los transeúntes para quedarse con sus relojes o algunos bath . No hay por qué alarmarse; tomaremos ciertas precauciones y eso es todo.

La intranquilidad de Sunday aumentó.

—¿Precauciones?

—Sí, como no llevar joyas a la vista, por ejemplo. Y no vamos a parar a menos que sea absolutamente necesario. Y si lo hacemos, hablaré yo.

—Supongo que podremos parar para ir al baño, ¿no? —preguntó Sunday después de unos minutos de silencio.

Simon cambió la marcha del Range Rover en ese momento, al comenzar a ascender por una montaña.

—Haremos paradas cortas cada dos horas —miró al trío del asiento trasero por el espejo retrovisor—. ¿Alguna pregunta?

—Ni una sola, amigo, todo está claro —dijo Nigel Grimwade.

—¿Todo está comprendido entonces?

Sus pasajeros asintieron.

—Usted debe haberse visto en medio de situaciones bastante peligrosas, coronel —comentó Simon sin quitar los ojos de la carretera—. ¿Tiene algún comentario que añadir?

El británico sacudió la cabeza.

—Hay un viejo dicho, señor Hazard.

Todos esperaron a oírlo.

El coronel Bantry se acarició el bigote, un gesto que acostumbraba a hacer cuando se ponía nervioso:

—Los hombres sabios no dicen nada en momentos de peligro.

Sunday lanzó un suspiro.

—Más proverbios.

—Es de John Sellen, un jurista y anticuario inglés del siglo diecisiete —explicó el coronel dedicándole lo más parecido a una sonrisa.

—¿Jurista? —dijo Nigel Grimwade.

El coronel se enderezó en su asiento.

—Sí, un abogado.

Al parecer, Millicent Grimwade estaba cortada por el mismo patrón que su marido.

—¿Qué es un anticuario? —preguntó la joven.

—Normalmente, el término se refiere a una persona interesada en ejemplares antiguos o raros de libros, pero también incluye a los coleccionistas o estudiosos de todo tipo de antigüedades —respondió Arthur Bantry dándose golpecitos en el zapato con el bastón.

Incluso después de cuatro días de viaje, su apariencia era impecable.

La joven australiana se echó a reír, su risa era siempre alta y estridente.

—Dios mío, compañero, cuántas cosas sabe. ¿Qué le dice su mujer?

Después de aclararse la garganta, Arthur Bantry respondió:
—No estoy casado.
Millicent volvió a echarse a reír y luego le susurró a su marido en voz alta:
—No me extraña.
—Selden también expresó públicamente sus ideas sobre el matrimonio y yo estoy bastante de acuerdo con él —continuó el coronel—. En sus Charlas de Sobremesa, escribió: «el matrimonio es un acto de sesperado».
Millicent Grimwade arrugó el ceño.
—No lo pillo.
El caballero británico alzó ligeramente la barbilla y dijo en tono seco:
—No me extraña.
Al parecer, Simon decidió que era el momento de cambiar de conversación.
—Si miran hacia la izquierda, a ese árbol grande de ahí, verán un pájaro muy exótico; es el Rupicola peruviana, comúnmente llamado gallo de roca.
—¿Gallo de roca? —dijo Sunday con una carcajada horas más tarde, mientras se abrían paso entre los mojados arbustos.
Había caído un chaparrón.
—No creo que exista ese pájaro.
—Sí, claro que existe —respondió Simon a sus espaldas—. Existe en Colombia y en Perú. Sin embargo, dudo mucho que se encuentre un especímen en dos mil kilómetros a la redonda de Tailandia.
—Lo hiciste muy bien, ¿sabías? —comentó Sunday.
Simon decidió hacerse el tonto.
—¿Que hice muy bien qué?
Sunday volvió la cabeza y le lanzó una mirada fugaz.
—Cortar la discusión entre la señora Grimwade y el coronel.
—Ah, eso.
—Sí, eso.
—Ya te he dicho que tengo mis reglas.
Sunday chasqueó los dedos.
—Exacto. A los pasajeros no les está permitido matarse, ¿no es eso?
A Simon no le divirtió el comentario. Habían sido cuatro días

muy largos.

—No tiene gracia, Sunday, y menos a estas alturas del viaje.

—Comprendo que tengas tendencia a perder el sentido del humor en un viaje así —comentó ella en tono comprensivo.

A Simon no le quedaba sentido del humor y se lo dijo.

—Sigo sin comprender por qué tienes que ser tú quien me acompañe siempre al… «baño» —dijo Sunday ya a cierta distancia del Rover.

Simon lanzó un suspiro antes de responder.

—Porque soy tu guía.

—Por qué no dejas que la hermana Agatha Anne o la señora Grimwade me acompañen? Bueno, no, Millicent Grimwade no.

—La hermana, haciendo gala de sentido común, ha decidido quedarse en el coche. Por su parte, el señor Grimwade ha ido a acompañar al «baño» a su esposa, en esa dirección —Simon señaló con un dedo—. El coronel sabe cuidar de sí mismo. Eso me deja a mí a tu cuidado. Sobre todo, teniendo en cuenta que soy yo el responsable de lo que os ocurra mientras viajéis conmigo.

Simon se tocó el vientre y Sunday, que iba delante de él, oyó un ruido.

—Además, soy el único que va armado.

Sunday se detuvo, giró sobre sus talones y le miró de arriba abajo.

—¿Llevas un arma?

—Varias —respondió Simon con expresión seria.

Ella pareció desconcertada.

—¿Varias?

Simon se agachó y se dio una palmadita en una de las botas.

—Cuchillo. Un regalo de despedida de mi primo Mathis antes de venir aquí. La hoja del cuchillo tiene doce centímetros de longitud y afilada como una cuchilla de afeitar.

Sunday agrandó los ojos desmesuradamente.

—¿Que tienes un cuchillo en la bota?

—Sí.

Aquello despertó la curiosidad de Sunday.

—¿Cómo es que no te cortas?

—Porque tiene una funda especial.

Sunday se quedó con la boca abierta.

Acto seguido, Simon se metió la mano por dentro de los pantalones, hacia la espalda, y sacó un revólver.

—Un Beretta; pequeño, pero mortal.

Sunday pareció estremecerse a pesar del calor tropical.

—No me gustan las pistolas.

Simon volvió a guardarse el Beretta al tiempo que sonreía maliciosamente.

Sunday se puso las manos en las caderas y Simon no pudo evitar notar lo bien que le sentaban los pantalones vaqueros.

—¿De qué demonios te estás riendo?

Simon esperó que ni su rostro ni otras partes de su anatomía le traicionaran.

—No puedo decírtelo.

Ella empequeñeció los ojos.

—¿No puedes o no quieres?

—No quiero. Sería… algo embarazoso. No quiso añadir más.

Las mejillas de Sunday enrojecieron instantánea mente.

—Pues hablando de cosas embarazosas… ¿no se te ha ocurrido que puedo encontrar embarazoso que me acompañes al baño?

—Me volveré de espaldas —y eso fue lo que Simon hizo.

—Hay… otros problemas —Simon la oyó decir.

—Cantaré.

Y eso hizo, aunque fuera de tono. Empezó con I've got pleny of nothin y acabó con Stranger in paradise.

Por fin, sintió una palmada en el hombro.

—Gracias —dijo Sunday.

—De nada.

Ella le dedicó una sonrisa.

—Cantas muy…

—¿Bien?

—Iba a decir alto —respondió ella riendo.

Simon se dio cuenta de que le gustaba su risa, era dulce, natural y contagiosa.

—Puede que hayas asustado al gallo de roca.

—Puede.

De camino al coche, Simon estudió a la mujer que le acompañaba. No llevaba nada de maquillaje y la humedad y el calor le habían rizado el pelo. Llevaba los mismos vaqueros y la

misma camiseta roja que se pusiera al día siguiente de salir de Bangkok. Y seguía siendo la criatura más hermosa y deseable que había visto en su vida.

Era una mujer peligrosa.

Era un peligro para su paz espiritual, sus votos de abstinencia y sus mejores intenciones. Viajar con ella por Tailandia durante varias semanas iba a ser un verdadero problema.

De repente, le vino en mente la imagen de un voluptuoso cuerpo con un bikini morado. Esa imagen fue sustituida por otra: las manos de Simon reemplazando los tres triángulos del bikini. Era una pena tener sólo dos manos…

Podía utilizar la boca también, pensó Simon cada vez más excitado.

—Qué extraño —murmuró Sunday.

Simon parpadeó sucesivamente, saliendo de su ensimismamiento.

—¿Qué es extraño?

Sunday alzó un brazo y señaló en la distancia.

—Eso.

Simon miró el lugar donde estaba parado el Range Rover; a unos veinte metros de éste había otro vehículo parado que bloqueaba la carretera. Simon lanzó un juramento.

Sunday frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que darnos prisa.

Ella le miró al tiempo que los dos comenzaban a correr.

—¿Simon?

—Haz exactamente lo que te diga, Sunday.

—Me estás asustando.

—Estupendo. Quiero que te metas en el coche con los otros y te quedes ahí —gruñó Simon.

—¿Por qué?

Simon esperaba estar equivocado, pero no lo creía.

—Bandidos.

Capítulo Siete

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Pero quiénes son esos hombres? —preguntó la hermana Agatha Anne en el momento en que Sunday entró en el coche cerrando de un portazo.

—Creo que son bandidos —aventuró el coronel Bantry—. Claro que es una mera conjetura.

Sunday tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con voz tranquila.

—También es la opinión de Simon. La última palabra que me ha dicho ha sido: bandidos.

—¡Oh, Dios mío, nos van a matar! —chilló Millicent Grimwade —. Nos van a robar y luego nos van a golpear y a torturar hasta morir en este lugar perdido del mundo.

Después, rompió a llorar y enterró el rostro en el pecho de su esposo.

—No diga tonterías, nadie va a morir —dijo Sunday, que no creía que la histeria fuese de ninguna ayuda en esos momentos.

—Cómo lo sabe? —preguntó la joven australiana con voz quebrada.

—Simon se encargará de que no nos pase nada —respondió Sunday con determinación.

Arthur Bantry se la quedó mirando.

—Parece tener mucha confianza en ese hombre —observó el coronel.

—Simon Hazard conoce este país como la palma de su mano. Habla su lengua perfectamente. Comprende a sus gentes y sus costumbres. Es el mejor —declaró Sunday con convicción.

—La madre superiora también confía plenamente en él —interpuso la hermana Agatha Anne aferrando su libro.

—Lo único que siento es no poder hacer nada —dijo Sunday como si hablase para sí misma—. Ojalá tuviera un arma.

Al momento, se volvió hacia el coronel jubilado y añadió:

—Su nombre de pila es Arthur, ¿verdad?

—Sí. Arthur Egbert Bantry. Me pusieron ese nombre por nuestro legendario rey —dijo el coronel con orgullo.

—En ese caso, Arthur Egbert Bantry, ojalá tuviera una Excalibur con usted —dijo ella con un suspiro.

—Y la tengo —respondió el coronel al tiempo que desatornillaba el mango del bastón; al momento, sacó una pequeña espada—. Por si hay una emergencia…

—¡Pero por Dios, qué hace, amigo! Esconda eso antes de que nos maten a todos —dijo Nigel Grimwade con voz estridente.

—Sí, será mejor que esconda la espada —dijo Sunday—. Si llegáramos a ese extremo, Simon se encargará de todo.

El coronel empequeñeció los ojos.

—¿Está armado?

Sunday asintió.

—¿Un revólver?

—Un Beretta, sujeto al cinturón, por la espalda; y un cuchillo en la bota —Sunday trató así de tranquilizarlos—. A pesar de ello, no creo que las cosas lleguen a ese extremo.

—Más nos valdrá, le sobrepasan en número y en revólveres —comentó el australiano.

Sunday observó a Simon mientras éste conversaba con quien parecía ser el jefe de los bandidos. El jefe llevaba un sombrero militar y parecía más armado que los otros. De un costado, le colgaba un enorme machete y por encima del cinturón sobresalía la culata de un revólver y en la mano sujetaba lo que parecía ser un rifle semi automático. Había dos o tres hombres con él.

—¿Qué estarán diciendo? —murmuró ella pegándose al parabrisas.

La conversación parecía animada. Primero habló uno y luego otro; después, todos negaron con las cabezas. De vez en cuando, alguno alzaba el brazo y señalaba en dirección al Rover o hacia atrás, la camioneta de los bandidos. Evidentemente, discutían la cuestión de que la camioneta estaba bloqueando el camino.

Comenzó a llover otra vez. Sunday no se atrevió a poner en

marcha el motor para que los limpiaparabrisas limpiaran el cristal, pero cada vez le resultaba más difícil ver.

Por el rabillo del ojo vio algo entre los arbustos. Inhaló y contuvo la respiración. Más bandidos. Cuatro.Jóvenes y armados con machetes y rifles.

No sabía si Simon se había dado cuenta o no. Quizá podría salir de aquella situación, pero cabía la posibilidad de que no fuera así. Quizá lo que necesitaba era una mujer a su lado. El coronel y Nigel Grimwade no parecían dispuestos a acudir en su ayuda.

—Coronel, usted se queda al mando —dijo Sunday acercándose a la puerta—. Si las cosas empeorasen, arranque el coche y salga de aquí a toda velocidad.

—¡Que!

—Ya me ha oído.

Millicent Grimwade se incorporó en su asiento y se apartó el cabello del rostro.

—¿Adónde va?

—A ayudar a Simon.

Dominas vobiscum —entonó la hermana Agatha Anne—. Que el Señor sea contigo.

—Gracias, hermana.

Sunday abrió la puerta y salió. Respiró profundamente y comenzó a avanzar hacia el grupo de hombres que estaba con Simon.

¡Maldita mujer!

¿Qué demonios creía que estaba haciendo? Le había dicho que no se moviera del coche, que se quedara allí con los demás. La situación ya estaba bastante complicada sin necesidad de que se complicase más. El hombre que tenía delante estaba negociando su seguridad por aquella parte de la carretera. La presencia de una mujer, y Simon estaba seguro de que ninguno de esos bandidos había visto nunca a una mujer como Sunday Harrington, lo único que podía hacer era complicar la situación.

Los bandidos hablaban en tailandés con él y en su dialecto nativo entre ellos: cada una de las tribus del norte de Tailandia tenía su propio idioma. Pero Simon estaba seguro de que, al menos el jefe, si no todos, hablaba inglés. No podía advertirle a Sunday que midiera sus palabras. Lo único que podía hacer era esperar que

ésta se diera cuenta.

—Creí que te había dicho que te quedaras en el coche —le murmuró Simon cuando Sunday se aproximó.

Sunday se detuvo a su lado, volvió la cabeza para mirarle y sonrió valientemente; pero Simon se dio cuenta de que la expresión de sus ojos era de preocupación.

—No sabía por qué estabas tardando tanto.

—Estaba hablando con estos hombres y con su jefe, Ho.

—¿Ho?

—Ho —respondió Simon indicando al hombre con el rifle grande.

—¿Tienen problemas con su camioneta? —preguntó ella en tono inocente, mirando el viejo Ford que bloqueaba la carretera.

—Se lo preguntaré.

Simon comenzó a hablar en tailandés y preguntó, en nombre de la mujer, si le ocurría algo a su vehículo.

Ho habló durante varios minutos, gesticulando exuberantemente.

Después, se hizo una breve pausa.

—A su camioneta no le pasa nada —le dijo Simon a Sunday.

—En ese caso, no me cabe duda de que estos caballeros retirarán la camioneta para que podamos pasar —dijo Sunday pronunciando lentamente cada palabra—. Porque está escrito que un hombre de valor no ataca a las mujeres ni a los seres inocentes.

A Simon le habría encantado preguntarle dónde estaba escrito eso, pero no eran ni el momento ni el lugar. Al menos, Sunday era lo suficientemente inteligente para comportarse como si el jefe de la banda pudiera comprenderla, cosa muy posible.

Ho volvió a hablar y Simón respondió. Después, se lo tradujo a Sunday.

—El jefe quiere saber si tenemos amapolas.

Sunday arrugó la nariz.

—¿Amapolas?

—Opio.

—¡Opio!

—Ya le he explicado que no tenemos opio —se apresuró Simon a añadir.

—Por supuesto que no tenemos opio —dijo Sunday lanzando un

suspiro de frustración—. No tenemos nada más que ropa en las bolsas. Cualquiera podría darse cuenta de que sólo somos un grupo de viajeros camino a Chiang Mai, incluyendo a la hermana Agatha Anne.

Otro de los bandidos dio un paso hacia adelante y comenzó a hablar en su dialecto. Después, señaló a Sunday con un dedo. A su vez, Ho tradujo la pregunta a Simon en tailandés. Los bandidos se quedaron a la espera, mirando a Sunday.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Quieren saber si tu pelo es realmente rojo o si te lo tiñes con una planta.

Sunday se tocó la cabeza.

—Claro que es rojo, no me lo tiño.

Otro de los bandidos se acercó, sonrió y habló durante medio minuto.

—Este quiere saber si todos los americanos son tan altos como nosotros —le dijo Simon a Sunday al cabo de un rato.

Sunday enderezó los hombros con gesto arrogante.

—Me gustaría saber decir sí en su idioma.

—Creo que han comprendido ya lo que has dicho —comentó Simon en tono irónico.

Ho gruñó órdenes a sus hombres, incluyendo a los que habían estado escondidos en el bosque, y entre todos rodearon a Simon y a Sunday. Ho no quitaba los ojos de ella y Simon tuvo que admitir para sí mismo que el tipo le estaba poniendo nervioso.

Por fin, Ho habló. Simon escuchó con intensidad. Una vez que comprendió lo que ocurría, rodeó el hombro de Sunday con un brazo.

Sunday alzó la vista para mirarle.

—¿Qué pasa ahora?

Simon se aclaró la garganta.

—Este hombre acaba de hacer una oferta para comprarte.

Sunday se puso rígida.

—¿Para comprarme?

Simon estaba alerta, dispuesto a cualquier cosa. Sin embargo, sabía que era una necesidad imperiosa mantener la calma.

—Le he dicho al jefe, Ho, que nosotros no tenemos esa costumbre.

Los verdes ojos de Sunday oscurecieron.
—¿Cuál no es nuestra costumbre?
—Que yo te venda.
Sunday sacudió la cabeza rápidamente.
—Por supuesto que no puedes venderme.
Simon la estrechó contra sí. Pudo sentir la reacción de Sunday cuando sus cuerpos se tocaron. Se ajustaba a él perfectamente.
Durante un segundo, Simon se preguntó si se ajustarían en otros sentidos. Ya llegaría el momento, se prometió a sí mismo. Si conseguían salir de allí con vida, lo averiguaría.
—Ya le he explicado que, en nuestro país, los hombres ni venden ni comparten a sus esposas —dejó caer la bomba.
La expresión de Sunday Harrington fue digna de verse.
—¿Es… posa? —balbuceó Sunday. Tras una breve pausa, Simon añadió:
—Además, tú vales más de dos cerdos.
Sunday abrió la boca y la cerró varias veces antes de conseguir pronunciar dos palabras.
—¿Dos cerdos?
—Sí. Le he dicho a Ho que, en América, una mujer como tú vale muchos cerdos y muchos corderos.
Tenía razón en una cosa: el bandido que se llamaba Ho entendía el inglés. Interrumpió a Simon y le preguntó qué clase de corderos criaban en América. ¿Eran similares a sus cabras montesas?
Para empeorar la situación, comenzó a diluviar. Las ropas se les pegaron a los cuerpos. Desgraciadamente, la camiseta y los pantalones de Sunday, de esta manera, la hicieron aún más atractiva.
—Estoy calada hasta los huesos —anunció ella a la asamblea—. Tenemos que volver al vehículo y continuar nuestro viaje.
Se estremeció y se abrazó a sí misma.
—Cariño, tienes frío —dijo Simon abrazándola.
—Estoy helada, cariño.
Ho hizo un gesto con la mano y, por fin, anunció en tailandés.
—Pueden marcharse.
Simon no solía hacer preguntas respecto a su buena suerte, pero tenía que saberlo.
—¿Por qué nos dejan pasar?

Ho sonrió enigmáticamente.

—La mujer tiene razón, un hombre de valor no ataca a las mujeres ni a los seres inocentes. Después, ordenó a sus hombres que retirasen la furgoneta.

—Gracias —dijo Simon en tailandés.

Ho comenzó a alejarse. Después de dar unos pasos, se detuvo y volvió la cabeza.

—¿Tres cerdos por la mujer?

Simon respondió también en tailandés.

—Es una oferta muy generosa, pero no puedo separarme de ella —encogió los hombros—. Me tiene hechizado.

—Es una mujer muy especial —observó el bandido.

—Sí, lo es.

Simon se dio media vuelta y, sin volver la vista atrás, instó a Sunday para que se diera prisa en volver al coche.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó ella en un susurro.

—Ha dicho que podemos irnos.

—¿Y?

El continuó caminando con ella con el brazo encima de su hombro.

—Y me ha hecho una última oferta: tres cerdos.

Sunday le lanzó una furiosa mirada.

—No te preocupes, le he dicho que no.

—Muy gracioso. A propósito, ¿es que no vas a darme las gracias?

Simon frunció el ceño.

—¿Las gracias por qué?

Ella le lanzó una muy significativa mirada.

—Por salvarte la vida, vaquero.

—¡Qué dices! ¿No creerás que…?

—Por supuesto que sí.

Simon no estaba dispuesto a permitir que Sunday Harrington creyera que le había salvado la vida. Cualquier mujer con esa clase de poder, sería imposible.

—Estaba arreglándomelas muy bien hasta que has aparecido.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Has salido del coche desobedeciendo mis órdenes. Te dije bien claro que te quedaras ahí.

—Creí que necesitabas ayuda, distraerlos de alguna manera —dijo ella.

—¿Ayuda? —Simon sintió una necesidad imperiosa de abrazarla o retorcerla el cuello—. ¿Es así cómo lo llamas?

—¿Y cómo lo llamas tú? —preguntó ella en tono desafiante.

—Estupidez.

—No ha sido una estupidez —le espetó Sunday—. Eras uno contra… siete u ocho.

—Y tú creías que así seríamos más, ¿eh? Sunday se mordió el labio inferior.

—Algo así.

Simon se detuvo y la miró fijamente.

—Así, simplemente con tu altura, tu pelo rojo y tus ojos verdes, creía que podías distraerlos y rescatarme de ocho hombres armados con machetes y rifles, ¿verdad?

—Dicho así sé que suena un poco tonto, pero…

—¡Suena tonto porque es una auténtica estupidez!

Sunday parpadeó.

—¿Por qué me gritas? ¿Estaba gritando? Sí, estaba gritando.

—Porque estoy harto. Porque me has dado un susto de muerte cuando has aparecido ahí —Simon le tomó la barbilla—. Y porque tengo tantas ganas de besarte que… Pero no puedo hacerlo porque nos están mirando.

Sunday se quedó muy quieta, bajo la lluvia, y le miró a los ojos.

Simon sacudió la cabeza y le apartó del rostro unas hebras de pelo.

—Estás loca.

Ella sonrió tímidamente.

—Puede. Pero voy a decirte lo mismo que le he dicho antes al coronel Bantry. —¿Qué?

—Vámonos corriendo de aquí.

Capítulo Ocho

—Igual que ratas abandonando un barco hundiéndose —gruñó Sunday para sí misma mientras salía de la habitación del hotel para reunirse con Simon.

Habían transcurrido varios días desde el incidente con los bandidos. Estaba descansada, limpia, seca y lista para visitar el famoso mercado nocturno de Chiang Mai.

Al parecer, era la única.

La misma tarde de su llegada a la ciudad, Millie y Nigel Grimwade se despidieron. Ni siquiera se cambiaron de ropa ni quisieron pasar la noche en la habitación del hotel que Simon había reservado para ellos. La joven pareja australiana había insistido en que Simon les llevara al aeropuerto directamente para tomar un vuelo de vuelta a Bangkok.

—Adiós, que os vaya bien —murmuró Sunday, de nuevo con su vestido rojo.

La hermana Agatha Anne había llegado a su destino. Fue directamente a la clínica con las medicinas.

Incluso el coronel Bantry cambió de planes repentinamente. Aquella mañana, a la hora del desayuno, anunció que se había encontrado con un antiguo compañero de estudios, alguien llamado Bunky. Tras el encuentro, el coronel decidió quedarse con su amigo en vez de continuar el viaje hasta la Ciudad de la Niebla.

—Como las ratas en un barco hundiéndose —repitió Sunday mientras caminaba hacia el vestíbulo del modesto hotel.

Al fin y al cabo, Simon también tenía que ganarse la vida. Sin duda, había contado con el dinero del coronel y del matrimonio Grimwade. Al final, ella iba a ser su única pasajera.

El dinero era el problema. Ella tenía mucho y Simon muy poco.

—¿Cómo podría tocar este delicado tema sin herirle el amor propio? —se preguntó en voz alta.

—¿El amor propio de quién? —preguntó la familiar voz de un hombre a sus espaldas.

Sunday enrojeció y se dio la vuelta.

—Simon.

—Sunday. ¿Qué delicado tema y el amor propio de quién? —repitió él.

Sunday decidió dar por terminada la conversación.

—Oh, no era nada.

—¿Nada? —dijo él en tono incrédulo—. No sé por qué me da la impresión de que era algo. No creo que debiéramos tener secretos después de lo que hemos pasado juntos durante toda la semana pasada.

Ella quería tener sus secretos. No quería que Simon le leyera el pensamiento.. ¡Qué horror! Algunos de ellos eran muy privados y personales.

La verdad era que Simon Hazard la ponía nerviosa. Ningún hombre nunca la había hecho sentirse así.

Simon le puso la mano en el hombro sin aparentes segundas intenciones.

—¿Sunday?

—Dinero —dijo ella bruscamente. El pareció confuso.

—¿Dinero?

Sunday asintió.

—Dólares, francos, marcos, baths.

—Sí, sé lo que es el dinero. ¿Qué pasa con el dinero?

Sunday suspiró.

—Me preocupa que no tengas suficiente.

—¿Suficiente para qué?

Sunday se humedeció los labios con la lengua y luego respiró profundamente.

—Cosas.

Simon seguía sin comprender.

—¿Qué clase de cosas?

—Comida, gasolina, hospedaje…

—Pareces un telegrama —comentó él secamente. Sunday se aclaró la garganta.

—Me refiero a que debías contar con el dinero del matrimonio Grimwade y del coronel Bantry, y ahora te han dejado en la estacada.

—No sabes qué alivio es haberme deshecho de los australianos —dijo Simon haciéndose eco de lo que Sunday pensaba—. El coronel no me molestaba; un poco tieso, pero esa clase de hombres son así. Sunday le lanzó una mirada especulativa.

—Pero no te pagarán.

—No.

—No parece que te preocupe mucho.

—No. Ya sabes lo que se dice del dinero.

—¿Qué es el origen de todos los males? —aventuró ella.

—Que es la raíz de todos los males —le corrigió él—. Sin embargo, en mi opinión, lo que a uno le llega con facilidad se le va con la misma facilidad, Sunday le miró y se colocó las manos en las caderas.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir después de todo lo que nos ha pasado esta última semana? ¿Lo que le llega a uno con facilidad se le va con la misma facilidad? ¿Qué es lo que te ha llegado con facilidad?

—Sólo se trata de dinero, Sunday —dijo él encogiéndose de hombros—. Además, si he aprendido algo trabajando como guía es a que nada me sorprenda ya.

A propósito de sorpresas, Simon estaba diferente aquella noche. Por fin, Sunday descubrió lo que era.

—No llevas la gorra puesta.

Simon se mesó los cabellos y dijo lo que Sunday sabía desde hacía tiempo.

—Necesito un corte de pelo.

—Tiene que haber barberías en Chiang Mai.

—Las hay, pero los barberos de aquí sólo saben un estilo de corte —sonrió brevemente—. Me temo que acabaría pareciendo un monje.

—Hagas lo que hagas con tu pelo, nunca parecerías un monje —dijo ella mientras continuaban andando.

—Recuérdame que te pregunta más tarde qué has querido decir con eso —dijo Simon en el momento en que salieron a la calle—. ¿Estás dispuesta a ir de compras hasta acabar rendida?

—Estoy dispuesta.

—En ese caso, vamos.

Cuando llegaron a la entrada del mercado, que tenía puestos alineados a ambos lados de la estrecha y antigua calle, Simon le advirtió:

—Si lo que ves te parece demasiado maravilloso para ser verdad, probablemente sea así. Este lugar es famoso por sus Rolex a cinco dólares y sus modernas antigüedades.

—Gracias por la advertencia —respondió ella.

Sin embargo, el bazar nocturno de Chiang Mai, era como estar en otro mundo; un mundo de lámparas de bronce, flores y frutas exóticas, telas bordadas, tapices con fieros dragones, pájaros increíbles y tigres. Había olores de todo tipo mientras las gentes hablaban en lenguas que Sunday nunca había oído.

Sunday no sabía para dónde mirar primero, si a un artesano trabajando en su telar o a cadenas de plata maciza; la que tomó, tenía los eslabones tan perfectos que le pareció iba a derretirse en sus manos.

Siguieron hasta el siguiente puesto.

—Estas las utilizaban los arroceros originales de Tailandia —explicó Simon mientras Sunday examinaba unas cestas.

En otro puesto, Sunday contempló una gorra de baseball ricamente bordada y adornada con piedras y perlas.

—Es preciosa.

—Este tipo de trabajo se llama Kalaga —le dijo Simon—. Es típico de las montañas al norte del país. El original, siglos atrás, tenía incrustadas piedras preciosas que, junto con el bordado, hablaban de leyendas de amor y, a menudo, de elefantes. Uno de los símbolos de la buena suerte en Tailandia es el elefante.

Sunday tomó otra prenda de Kalaga, un chaleco, del mismo puesto.

—Es un trabajo extraordinario —alzó el rostro para mirar a Simon—. ¿Podrías preguntarle a esta mujer cuántos chalecos podría hacer en… digamos un mes?

Simon habló con la mujer durante varios minutos. Luego, dio la respuesta a Sunday.

—Esta mujer se llama Ikat. Es de un pueblo en el que todo el mundo trabaja en la producción de chalecos y gorras de Kalaga. Me

ha preguntado cuántos quieres.

Sunday sonrió y asintió.

—Por favor, dile a Ika que volveré para hablar de negocios con ella.

Se repitió la misma situación en varias ocasiones mientras recorrían el mercado. Casi al final de la calle, encontraron tela de seda en ricos tonos rosa, rojo y morado.

—Los colores de tu marca —observó Simon.

También había rollos de tela de seda en verde, marrón y azafrán. A Sunday comenzó a darle vueltas la cabeza al imaginar lo que podría hacer con la fina seda tailandesa.

—Esto es exactamente lo que estaba buscando —le confió a Simon sin disimular su entusiasmo—. Voy a crear una colección completa en torno a las cosas que he visto esta noche.

Sunday le tomó del brazo.

—Oh, Simon, es mucho más de lo que había imaginado.

Simon acercó el rostro al de Sunday.

—Sólo es el principio.

Fue en ese momento cuando Sunday, accidentalmente, vio a una pareja junto a un puesto, a espaldas de Simon. No pudo ver sus rostros claramente; pero, por un momento, creyó que eran el matrimonio Grimwade. Por supuesto, eso era imposible. La pareja australiana había tomado un vuelo a Bangkok hacía dos días.

Sin embargo…

Sunday estaba a punto de mencionárselo a Simon, pero en ese momento comenzó a llover. Los paraguas aparecieron mágicamente. Al cabo de un minuto o dos, estaba casi diluviando.

—Vamos a resguardarnos en algún sitio —sugirió Simon tomándola por el codo—. Ven, aquí.

La llevó a un portal que había ahí cerca.

—¿No vive nadie aquí? —preguntó ella asomándose a la ventana de la pequeña casa.

—No, está deshabitada —contestó Simon.

Los ojos de Simon no la abandonaban. Su aliento era fresco y dulce y, sin embargo, masculino, con cierto olor a café. Sintió sus manos a ambos lados de la cara mientras la hacía retroceder hasta dar con la espalda en el muro de la primitiva construcción.

—Simon —esa voz no parecía ser la suya.

—Sunday —la de Simon también era diferente; más ronca, más gutural, más intensa.

Sunday oyó la lluvia golpeando el tejado de cinc. Olió el aroma de las flores en el aire, la humedad, el polvo de las montañas. Por encima del hombro izquierdo de Simon, vio el brillo de una lámpara en la distancia.

—Estamos a millones de kilómetros de casa —murmuró ella.

—Más bien a unos trece o catorce mil kilómetros —dijo él en un susurro.

Simon le estaba haciendo casi imposible pensar con la cabeza.

—Puede que esto no sea una buena idea.

Simon movió la cabeza.

—Puede que no.

Ella le empujó el pecho, pero no sirvió de nada; además, tampoco le había empujado de verdad.

—Entonces, ¿por qué estamos…?

Simon eliminó el espacio que les separaba.

—Porque tenemos que hacerlo. Lo supe el día que Ho y su banda nos detuvieron en la carretera de Lamphun. Y creo que tú también.

—Sí. Sentí como si las cosas fueran a cambiar.

—Y han cambiado.

—Los cambios pueden asustar —admitió ella.

—Los cambios son inevitables.

Sunday trató de recuperar el sentido.

—Supongo que tienes razón.

Simon la miró a los ojos.

—Sé que tengo razón.

Tan cerca como estaba de él, le resultó imposible evitarle la mirada.

—No suelo mirar a los hombros desde abajo.

La hermosa boca de Simon se curvó en una sonrisa.

—¿Literal o figurativamente hablando?

Sunday tragó saliva.

—Las dos cosas.

Los dedos de Simon se cerraron sobre sus muñecas. Luego, se llevó una de las manos de Sunday a los labios y la acarició.

—Voy a besarte.

—¿No es eso lo que estás haciendo?

Los ojos de Simon oscurecieron.

—¿Vas a besarme? ¿Iba a besarle?

—Sí.

El último centímetro que les separaba fue eliminado.

Besar a Simon Hazard fue una paradoja. Era exactamente lo que había imaginado que sería, y mucho más de lo que le habría gustado. Simon era varios centímetros más alto que ella, pero también más fuerte, sólido y musculoso. Había pocos hombres que le hacían sentirse pequeña, frágil y vulnerable. Simon resultó ser uno de ellos.

Además, estaba su sabor, su olor, lo que sintió al tocarlo y su propia reacción a él. Al principio, sólo lo había hecho llevada por la curiosidad, se dijo Sunday a sí misma. Pero la curiosidad dio paso a otra cosa, y esa cosa era pasión.

¿Y qué sabía ella de pasiones?

Tenía pasión por el helado de fresa, por la puesta de sol, por los colores rosa, rojo y morado. Le apasionaba la música, la buena comida, la primavera y la poesía de Wordsworth, Shelley y Walt Whitman.

¿Pero qué sabía de la pasión entre un hombre y una mujer?

Muy poco. Su experiencia con el sexo opuesto se limitaba a unos cuantos besos, algunas caricias…

El beso de Simon y sus caricias eran un mundo desconocido. Su boca era lo que la boca de cualquier hombre debería ser. Sus labios eran suaves sin ser débiles ni insípidos. Su sabor era intoxicante, algo misterioso y creaba adicción. Sus caricias eran decididas sin ser agravantes. No estaba seguro de lo que ella quería, pero sí estaba seguro de sí mismo, de lo que sentía y de lo que quería.

Y, a juzgar por como la besaba, como la acariciaba y como la apretaba contra la pared, no dejó lugar a dudas de que lo que quería era a ella.

Había cometido un error.

Un gran error. Un error enorme.

Desde hacía tres días sabía que iba a besar a Sunday Harrington. Desde el incidente con los bandidos.

No era un imbécil, se recordó a sí mismo. Sabía que la excitación sexual y el temor a violencia física, en ocasiones, eran las dos caras de la moneda. No había sucumbido al impulso de besar a

Sunday hasta ese momento porque quería estar seguro de saber lo que se hacía, de que controlaba la situación y de que ese control no iba a escapársele de las manos.

Pero se le había escapado.

Habían corrido para resguardarse de la lluvia. Se había inclinado para decirle a Sunday algo que, de repente, se le había olvidado y, al momento siguiente, la estaba besando. No una y dos veces, sino repetidamente, sin parar, hasta quedarse sin respiración.

Era una locura.

—Esto es una locura —murmuró Simon junto a la boca de ella.

Sunday le estrechó la cintura con los brazos.

—Una locura —repitió Sunday.

—Descabellado —añadió Simon acariciándole la garganta con los labios.

—Descabellado —repitió ella.

—No somos un par de niños —Simon le tomó el rostro en sus manos—. Somos dos adultos.

Sunday murmuró algo ininteligible.

—Nunca he hecho nada parecido —confesó él.

—Yo tampoco.

—Quiero decir, ya de adulto —añadió Simon confuso, tratando de poner en orden sus recuerdos y sus ideas.

Simon deslizó la mano por los brazos de ella y luego le acarició las costillas hasta cubrirle los pechos. Los dos reaccionaron inmediatamente. Los pezones de Sunday se irguieron mientras Simon jugueteaba con ellos.

El cuerpo entero de Simon reaccionó. Sintió el pantalón como una cárcel contra su excitado miembro. Estaba a punto de estallar, de ponerse en ridículo.

Uno de los dos respiró profundamente. Al principio, Simon pensó que había sido él. Luego, se dio cuenta de que había sido Sunday. Ella se había dado cuenta. ¿Y cómo no? Estaba pegada a él.

—Estaba equivocado —dijo Simon apartándose de ella ligeramente.

—¿Sobre qué?

—El control sobre mí mismo. Esto ha sido un error.

Sunday alzó la mano y le acarició la mandíbula.

—No digas eso.

—¿Por qué no?
—Porque me ha gustado.
—¿Te ha gustado?
—Me ha encantado —admitió Sunday con voz ronca.
No había tenido intención de seducirlo. No había sido una luz verde. Esa mujer no tenía nada de coqueta.
—No deberías decirme esas cosas, Sunday —le advirtió Simon.
Ella se quedó muy quieta, mirándole con sus enormes ojos verdes.
—¿Por qué no?
Simon estuvo a punto de decirle la verdad: por que deseaba estrecharla en sus brazos de nuevo, porque quería desnudarla, tumbarla en la hierba y hacerle el amor. Porque quería penetrarla hasta el punto de ya no saber dónde terminaba uno y dónde empezaba el otro.
—Porque te deseo.
Sunday frunció el ceño.
—¿Me deseas?
Simon lanzó un quedo juramento y luego, tras vacilar brevemente, añadió:
—Quiero hacerte el amor.
—Oh. Yo… lo siento, Simon —balbuceó Sunday—. No estaba pensando, no he comprendido…
¿Quién pensaba en un momento así? ¿Quién podía hacerlo? El cerebro dejaba de funcionar y el instinto se liberaba.
—Ya sé que debo parecerte muy ingenua —dijo Sunday.
Así era.
Con gesto ausente, Sunday comenzó a abrocharle los botones de la camisa que, al parecer, le había desabrochado.
—No tengo mucha experiencia con este tipo de cosas.
Simon lo había sospechado.
—En realidad, he vivido como una…
—¿Monja?
Simon no la oyó decir que sí, pero lo sintió.
—Si te sirve de consuelo, yo llevo bastante tiempo viviendo como un…
—¿Monje?
—Sí, supongo que eso lo explica —Simon sonrió irónicamente.

Ella le miró con fijeza, sin parpadear.

—¿Explica el qué?

—Nuestra reacción… o, quizá, nuestro exceso de reacción.

Sunday lanzó un suspiro.

—Ha sido algo intensa.

—Fuera de control.

—La próxima vez, no ocurrirá —dijo Sunday.

Si actuaban con inteligencia, si él era inteligente, no habría una próxima vez.

Simon alzó la cabeza y miró al cielo al tiempo que sacaba una mano con la palma hacia arriba.

—Ha dejado de llover.

Sunday salió del portal.

—Sí, ya no llueve.

—Creo que deberíamos volver al bazar y acabar con tus negocios allí —sugirió él.

—Sí, puede que tengas razón —respondió Sunday alisándose el vestido.

Simon se dio cuenta de que tenía que hacer o decir algo para aliviar la tensión entre ambos.

—Tenía razón respecto a una cosa —dijo él mientras sorteaban charcos de agua.

—¿Qué cosa?

Le puso un brazo por encima del hombro a Sunday y le dedicó una muy maliciosa sonrisa.

—Vales mucho más que tres cerdos.

Capítulo Nueve

—Un mapa y un jeroglífico, ¿qué crees que quería decir ese hombre? —preguntó Sunday mientras estudiaba el papel por el que, para los tailandeses, había pagado una buena suma de dinero.

Era temprano por la mañana, el sol brillaba en el horizonte y llevaban varias horas de camino en el arduo trayecto de ocho horas de Chiang Mai a Mae Hong Son.

Simon tenía los ojos fijos en la tortuosa carretera.

—Supongo que eso mismo, un mapa y un jeroglífico.

Sunday se mordió el labio inferior y pensó en voz alta.

—¿Qué representarán estos símbolos?

—Dime cómo son —sugirió él.

—Hay un círculo estilizado con bordes irregulares. Dentro del círculo hay cuatro conjuntos de líneas todos ellos idénticos y en forma de corazón. Oh, y todas las líneas acaban con una ondulación.

—¿Una ondulación?

—¿Cómo lo describirías tú? —preguntó ella poniéndole el papel delante.

Simon apartó brevemente los ojos de la carretera.

—Hmong —anunció Simon.

—¿Hmong?

—Lisu, Hmong, Karen, Lahu, Muser, Akha… todas son tribus de las montañas, cada una tiene su propio idioma, sus propias costumbres y sus símbolos particulares. No lo llamo escritura porque algunas, como Akha, no usan la escritura.

—Cuéntame más sobre estos símbolos Hmong —le instó ella.

—Ese en concreto es un Pa Ndau, que significa «flor de tela», y, según las gentes de Hmong, atrae los buenos espíritus. Pero las

formas no son corazones, sino las huellas de la pisada de elefante.

—El elefante es un símbolo de buena suerte en esta parte de Asia —dijo ella.

—No lo has olvidado, ¿eh?

—No, no lo he olvidado.

—El otro símbolo que he visto, aunque no me he podido fijar bien, es Akha o Lisu. Los triángulos geométricos representan las montañas, que impiden que los buenos espíritus se vayan.

—Muy bien, entonces tenemos huellas de elefante y una cadena montañosa —concluyó ella.

—Tenemos más que eso —le recordó Simon—. Está el río Pai, como te mencioné el día del templo del Buda Recostado. Luego, las montañas podrían muy bien representar las montañas de cualquier mapa normal, y la gente de las tribus podrán decirte dónde están las sendas de los elefantes.

Sunday trató de ser realista, pero el corazón le dio un vuelco.

—¿Quieres decir que de verdad podríamos localizar el Buda Escondido?

—En un radio de unos diez o quince kilómetros —le advirtió Simon—. Eso, suponiendo que el mapa no sea falso y que el Buda Escondido exista de verdad y esté por ahí.

—Oh —Sunday no pudo disimular su desilusión.

—Vamos, Sunday, sabías que era sólo una posibilidad remota.

—Por supuesto que lo sabía.

Muchas cosas en la vida sólo eran posibilidades remotas, reflexionó Sunday volviendo la cabeza para mirar por la ventanilla. Por ejemplo, lo era su carrera como modelo. También lo era su éxito como diseñadora. Incluso el viaje a Tailandia. La mayoría de la gente no conseguían en toda una vida lo que ella había conseguido a los treinta años.

Sin embargo, le faltaba algo.

Durante años, se había dicho a sí misma que era algo que no quería, que no necesitaba; al menos, no con frecuencia. Pero ahora no estaba tan segura.

Pasión. Compromiso. Deseo. Dedicación. Decisión. Había reprimido sus sentimientos y se había volcado en su carrera profesional, en sus estudios y en sus negocios. No le había quedado tiempo ni energía para las relaciones personales.

Hombres. Los había de todos los tipos y tamaños, algunos inteligentes y otros no. Algunos sensibles y de temperamento artístico. Otros sobrecargados de testosterona y espíritu competitivo. Unos adictos al trabajo, otros dedicados exclusivamente a hacerse un nombre. Algunos se creían irresistibles con las mujeres. Pero lo que nunca había encontrado era el hombre de sus sueños, el hombre de su vida.

¿Cómo sería ese hombre?

Un hombre íntegro. Un hombre de palabra, inteligente y con sentido común. Un hombre maduro, con seguridad en sí mismo, pero sin ser egoísta. Un hombre de éxito. Un hombre ingenioso y con gusto por la conversación.

El hombre de sus sueños era monógamo. La amaría, la desearía, la adoraría e incluso veneraría el suelo por el que ella pisase. La excitaría, le aceleraría los latidos del corazón y la apasionaría cuando la besase y la acariciase.

¿Existía ese hombre? ¿Había un hombre para ella? ¿No sería demasiado idealista? ¿Demasiado romántica? ¿Pedía demasiado? ¿Encontraría alguna vez a ese hombre?

—Poco probable, pero no imposible —dijo Simon.

Sunday sacudió la cabeza, había perdido el sentido de la realidad.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que poco probable, pero no imposible.

Sunday se enderezó en su asiento y estiró las piernas.

—¿El qué?

—Encontrar el Buda Escondido de la Niebla Celestial.

—¿Estabas hablando de Buda?

Simon adoptó una expresión interrogante.

—¿De qué estabas hablando tú?

—De Buda, por supuesto —respondió ella en tono ligero.

Sunday abrió el bolso y sacó las gafas de sol.

Sunday no le había dicho la verdad.

Había visto demasiadas cosas para saber cuándo alguien mentía. Por supuesto, ella tenía derecho a su intimidad. No tenía que compartir sus pensamientos con él.

Sin embargo, después de lo ocurrido la noche anterior, Simon tuvo que admitir para sí mismo que estaba un poco susceptible.

Sunday había admitido que le gustaron sus besos y sus caricias, que le habían encantado. Sin embargo, no sería la primera en ver las cosas de modo diferente a la luz del día.

La noche anterior los dos estaban envueltos por sonidos e imágenes exóticas. Un hombre y una mujer, que se atraían el uno al otro, a miles de kilómetros de casa, en medio de una lluvia tropical. No era una posibilidad remota que hubieran acabado el uno en los brazos del otro.

Muchas cosas en la vida eran una posibilidad remota, pero eran, pensó Simon mientras cambiaba de marcha. Su carrera en la marina. Su éxito en los negocios. Ganar su primer millón de dólares antes de los treinta. La mayoría de la gente no conseguían en toda una vida lo que él había conseguido ya.

Sin embargo, le faltaba algo.

Llevaba ya mucho tiempo convenciéndose a sí mismo de que era algo que no quería, que no necesitaba. Ahora, no estaba tan seguro.

Pasión. Compromiso. Deseo. Dedicación. Decisión. Había reprimido sus sentimientos y se había volcado en el trabajo. No le había quedado mucho tiempo para las relaciones; sin embargo, las pocas mujeres que había habido en su vida lo habían comprendido y aceptado. No habían tenido otra elección.

clon.

Mujeres. Las había de todos los tamaños y medidas, algunas inteligentes y otras no. Unas hermosas por fuera y otras por dentro. Algunas ambiciosas, la clase de mujer que haría cualquier cosa por tener fama y dinero. A otras sólo les importaba su carrera profesional. Algunas se creíann una bendición para los hombres. Pero lo que nunca había encontrado era a la mujer de sus sueños, la mujer de su vida.

¿Qué clase de mujer sería?

Una mujer con integridad. Una mujer con honor. Una mujer inteligente, generosa y con sentido común. Madura y con confianza en sí misma, pero no egoísta. El sentido del humor era fundamental, igual como una actitud positiva ante la vida.

La mujer de sus sueños le amaría a él y sólo a él. Sería su esposa, su mejor amiga, su amante. Le excitaría y le aceleraría los latidos del corazón, le volvería loco de pasión con sus besos y caricias.

¿Existía semejante mujer? ¿Había una mujer destinada a él? ¿No

era demasiado exigente? ¿Pedía demasiado? ¿Encontraría algún día a la mujer de sus sueños?

—Supongo que no es imposible —dijo Sunday, sacándolo de su ensimismamiento.

Simon frunció el ceño.

—¿Qué es lo que no es imposible?

—Encontrar el Buda Escondido, naturalmente.

—Cosas más extrañas ocurren —comentó Simon—. En esta parte del mundo, los arqueólogos siempre parecen estar descubriendo alguna ciudad enterrada desde hace siglos, o algún que otro templo en la selva.

—Perdido en el tiempo y en el recuerdo —murmuró ella.

—Oculto entre la niebla e inaccesible.

Sunday le miró especulativamente.

—Háblame de la Ciudad de la Niebla.

Podía describirla con una sola palabra.

—Intacta… a pesar del transcurso del tiempo.

—Sigue —le animó Sunday, realmente interesada en el tema.

—Mae Hong Son ha estado completamente aislada durante siglos. La primera carretera de acceso a ella, o fuera de ella, se construyó durante la segunda guerra mundial, y no se asfaltó la carretera hasta mil novecientos sesenta y ocho.

—Cuéntame más cosas —le urgió Sunday.

—Hace doscientos años, hubo birmanos que cruzaron la frontera y se instalaron a lo largo de la frontera y en el valle. Construyeron dos templos gemelos, Wat Chong Kham y Wat Chong Klang, y los llenaron de artefactos, tesoros religiosos y dos rubíes extraordinarios.

No se le había ocurrido hasta ese momento, pero el cabello de Sunday era del mismo color que los rubíes.

—Estas gentes llamaban a los rubíes ma naw maya, «piedra que satisface el deseo».

—Según tengo entendido, un rubíe grande y de buena calidad es treinta y cinco veces más difícil de encontrar que un brillante, y mucho más caro.

Simon asintió con la cabeza.

—Lo que probablemente explica por qué el valor de una mujer virtuosa es muy superior al de los rubíes.

—Y por qué la sabiduría es mucho más preciosa que los rubíes.

Simon mantuvo los ojos en la carretera mientras hablaban.

—Unos años después de los asentamientos de los birmanos, en mil ochocientos treinta y uno, se fundó en el valle un campo para entrenamiento de elefantes, y se alzó un tercer templo en la montaña más alta de Mae Hong Son. Este templo acogió a un Buda de mármol blanco.

—Hablas como… si fuera mágico —comentó ella.

—Es mágico. Y espectacular. Y distinto a cualquier otro sitio —declaró Simon con convencimiento.

—Nadie me dijo que fuera a ver templos en las montañas.

Simon arqueó una ceja.

—Horace Walpole, mil setecientos setenta y dos —dijo ella—. Según el coronel Bantry, Walpole también dijo: «he visto lugares gigantescos, pero nunca sublimes».

Sunday sonrió y añadió:

—Quizá hoy me enseñes un lugar sublime.

Horas más tarde, Simon se salió de la carretera y paró el coche. Estiró los brazos por encima de la cabeza y le dijo a Sunday:

—Ya estamos aquí.

Lentamente, ella se quitó las gafas.

—¿Dónde?

Simon notó la incredulidad de su voz. Se dio cuenta de que Sunday sólo vía cuestas de cuarenta y cinco grados de inclinación y bosque denso.

—Supongo que te parecerá que estamos en el último rincón del mundo.

Sunday se echó a reír y metió las gafas en el bolso.

—Estamos en el último rincón del mundo.

—Vamos a entrar en la Ciudad de la Niebla como se debe entrar.

—¿Cómo es eso?

—A pie.

Resultó evidente que la había sorprendido. Lo tenía escrito en su encantador rostro.

—¿A pie? —A pie.

—¿Y el coche?

Simon tomó su mochila del asiento trasero.

—Volveremos a por él más tarde.

—¿Y nuestras cosas?

—Recoge sólo lo más imprescindible. El resto, estará seguro dentro del coche. Si hay gente por aquí…

—Estás bromeando, ¿verdad?

Simon tenía que admitir que eran los únicos seres humanos a la vista.

—Si hay gente por aquí, no tocarán nuestras cosas, te lo aseguro.

Simon abrió la portezuela del coche y salió.

—Ven, sígueme.

Sunday lo siguió.

—A propósito —dijo Simon volviendo la cabeza—, no te da miedo la altura, ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

—Porque vamos a cruzar por aquí.

Sunday se le acercó.

—¿Aqui?

—Sí, aquí —dijo él señalando un puente de cuerda suspendido delante de ellos y que desaparecía entre una espesa niebla.

Capítulo Diez

—¿Esperas que vaya por este… puente? —gimió Sunday.

Simon se volvió y la miró.

—¿No acabas de decir que no te da miedo la altura?

—No… normalmente.

Estaban al borde del puente, que Sunday supuso corría por un precipicio o una enorme garganta. Era difícil de saber debido a la espesa niebla.

Al otro lado del precipicio, consiguió ver oscuras formas o sombras. Colinas. Arboles. Bosque. Abajo oyó el sonido del agua al correr, el agua de un río. El pasamanos del puente era una gruesa cuerda y el suelo, lo suficientemente ancho para que pasara una persona sola, estaba hecho de rudimentarios tablones de madera.

—Dios mío, parece típico de una película de Indiana Jones —comentó Sunday.

—Sí, es verdad —dijo Simon sonriendo.

—¿Cómo se llama el río queee corre por abajo?

—Es el Pai.

—En ese caso, este puente es…

—Sí, es el puente sobre el río Pai.

Sunday lanzó un gruñido.

—¿Cómo se te ocurren bromas en momentos así?

—A quien se ríe de sí mismo nunca le faltan motivos para reír.

Sunday lanzó una nerviosa carcajada, dobló la cintura y trató de mirar hacia el fondo del precipicio.

—¿Qué distancia hay hasta abajo?

La respuesta de Simon le pareció intencionada mente evasiva.

—La suficiente.

—No consigo ver el otro lado —observó ella.

Simon fingió tratar de vislumbrar entre la niebla.

—Estoy seguro de que está ahí. No te preocupes, yo iré por delante.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Por favor.

Simon se adentró en el puente colgante.

—El truco para atravesarlo consiste en andar rítmicamente.

—Rítmicamente —repitió Sunday poniendo los pies en el puente.

Con el peso de los dos, el puente comenzó a balancearse y ella contuvo la respiración.

—No me gusta que se mueva, me está mareando.

—No mires hacia abajo —le advirtió él.

—Ni se me ocurre. Además, no veo nada.

—Mírame a mí —le instruyó Simon.

—No olvides que eres inconmovible —dijo Simon esperando con eso darle ánimos.

—De acuerdo.

—¿Qué tal te va?

—¿Qué tal crees tú que me va?

Sunday tenía el corazón en la garganta, las manos húmedas y el estómago le daba vueltas. Las piernas le temblaban, no podía tragar, no podía respirar y no podía pensar.

—La vida es una aventura —dijo Simon por delante—. Agárrate a ella con ambas manos. Disfrútala.

—Dios mío, un sermón en estos momentos cruciales —murmuró Sunday entre dientes.

Simon se detuvo, se medio volvió y le tendió una mano a Sunday.

—Confía en mí, Sunday. Si te arriesgas, serás recompensada.

Luego, sonrió y el miedo que había sentido hasta ese momento la abandonó como por arte de magia.

Fue lo más extraño que le había ocurrido nunca.

—Dame la mano.

Sunday dio un paso hacia él y le dio la mano. La de Simon era cálida y sólida. La hizo sentirse segura en un mundo desconocido.

Cuando llegaron al otro lado de la garganta, el sol había salido y la niebla comenzaba a disiparse rápidamente. Estaban en una cima

y miraron atrás: altas montañas, verdes bosques, cielo azul, alguna nube y el río Pai abajo.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo Simon en tono misterioso.

Comenzaron a bajar la pendiente, a través del bosque; cruzaron un arroyo y subieron otra colina. Se detuvieron al alcanzar la cima. Delante de ellos, muy verde, se extendía una colina muy suave.

—No hay casi tierras llanas en esta región.

Sunday se sintió vagamente desilusionada.

—¿Esto era lo que querías enseñarme?

—No exactamente —respondió Simon llevándola hacia la suave colina—. Quiero enseñarte una granja.

—tuna granja?

Sunday era de Ohio, había visto muchas granjas en su vida.

—Es una granja muy especial. Es totalmente diferente a cualquiera que hayas podido ver. Te lo prometo.

La hierba de la colina les llegaba hasta las rodillas; en algunos lugares, incluso a las caderas. Sunday se fijó y notó que había zonas coloreadas.

Frunció el ceño.

—¿Flores?

—Hay flores y vegetación de casi todas las especies que pueden darse a esta altitud —explicó Simon—. Pero lo que quiero enseñarte es…

Se acercaron y, de repente, los tonos rosas que Sunday había distinguido comenzaron a elevarse.

—Mariposas —murmuró Sunday en tono reverente.

—Cientos de mariposas —confirmó Simon.

—Miles.

Se levantó una brisa y, súbitamente, se vieron rodeados de mariposas. Había miles y de todos los tamaños y colores: grises y marrones, escarlatas, rojo coral y rosa, azules, púrpura, lavanda, amarillo canario y verde jade… Algunas muy pequeñas y otras como la palma de su mano.

Sunday sintió ganas de reír y llorar simultáneamente. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Nunca había visto un campo de mariposas. Durante varios minutos no habló, no pudo pronunciar palabra alguna.

—Ahora puedo decir que he visto un lugar sublime —dijo

Sunday por fin, volviéndose a él—. Tenías razón.
—Claro que tenía razón —respondió Simon con una sonrisa de satisfacción; después, su expresión ensombreció—. Te había hecho una promesa y siempre cumplo mis promesas.
Sus miradas se encontraron. Avanzaron un paso el uno hacia el otro. Extendieron sus brazos simultáneamente. Y allí, en ese lugar mágico, en ese lugar sublime, volvieron a besarse.
En esta ocasión, Simon no sabía a café, sino a sol y a hierba. A pesar de ello, el beso fue igualmente excitante y seductor.
Simon le quitó la respiración. Al principio, Sunday era consciente de que estaban en un campo de mariposas en lo alto de las montañas de Tailandia. Pero pronto se olvidó de dónde estaba, de quién era y de por qué estaba allí. El mundo comenzaba y terminaba en el círculo de los brazos de Simon.
Las risas de unos niños los obligaron a apartarse.
Los niños comenzaron a gritar:
—¡Sawat-dii, Simon! ¡Sawat-dii, Simon!
—No me lo digas, ya habías estado aquí antes —comentó Sunday con una sonrisa.
Se vieron rodeados por una docena de niños sonrientes, tímidos y alegres vestidos con ropas de brillantes colores.
—Mientras viajaba, estuve viviendo unos meses en la tribu de esta colina —explicó Simon mientras la oleada de niños les empujaba hacia la aldea.
Sunday le observó mientras Simon les hablaba en su dialecto. Los niños le respondían animadamente, arrimándose a él, guiándole.
La aldea era un conjunto de chozas de bambú. Sólo había una calle de tierra en medio de aquel pueblo primitivo. Más allá de la aldea había campos de soja, y más allá el bosque. Un hombre y una mujer estaban sentados a ambos lados de la entrada de su casa con un brasero delante de ellos. Olía a comida cocinándose.
Sirnon asintió respetuosamente con la cabeza cuando pasaron por delante, y Sunday le imitó. Al Cm y al cabo, aquél era el pueblo de Simon y la gente de Simon. Ella era simplemente su acompañante.
Llegaron a una segunda casa de bambú. De ella, salió un hombre un poco mayor que Simon y ambos se saludaron como dos

hermanos, abrazándose, hablando excitadamente, gesticulando en dirección a la pradera de la colina que acababan de abandonar.

Simon hizo un gesto indicando a Sunday. Esta dio un paso hacia delante y se detuvo a su lado.

—Es el jefe de la aldea —le dijo Simon—. Se llama Tget.

Una mujer salió de la casa y se les unió.

—Esta es la esposa de Tget, se llama Siri.

Siri inclinó la cabeza, sonrió y pronunció las pocas palabras de inglés que sabía.

—Bienvenida —luego, hizo un gesto con la mano—. Maa. Entra.

Simon se quitó las polvorientas botas y Sunday se desató las zapatillas de deporte. Dejaron el calzado a la entrada de la casa. Sunday sabía que era de buena educación descalzarse antes de entrar en casa de alguien o en un templo.

Los cuatro se sentaron en una alfombra en el suelo. Simon y Tget hablaron de los últimos acontecimientos de la aldea. Siri les ofreció agua, una cortesía entre las culturas de las tribus de las zonas altas de Tailandia. De vez en cuando, Simon le tradujo a Sunday partes de la conversación.

Más tarde, compartieron una comida a base de arroz, judías y una raíz de un sabor dulce. Tget y Siri les acompañaron a la entrada de la casa, donde se sentaron a contemplar la puesta de sol. Después, celebraron con música y cantos la llegada de Simon. Se alumbraron los braseros y los niños, agotados, fueron yéndose a sus camas.

Tget le habló a Simon y, después, éste se volvió a Sunday.

—El pueblo nos ha invitado a que nos quedemos. Ya nos han preparado mi antigua casa. ¿Quieres pasar la noche en Houi Sia Tao?

—Es un gran honor que te inviten, ¿verdad?

—Sí, es un gran honor —confirmó Simon.

—Me encantaría quedarme —respondió ella.

Simon se puso las botas y Sunday sus zapatillas de deporte; a continuación, los cuatro atravesaron la aldea de camino a la casa de Simon. En la puerta de bambú, había flores recién cortadas y un fragante felpudo de hierba. Dentro, había una mesa baja con una lámpara de aceite, cojines para sentarse, un baúl de madera tallada, dos esterillas para dormir y unas mantas cuidadosamente dobladas.

—He dado las gracias a Tget y a Siri por la casa, por darnos la bienvenida, por las flores, por las cestas de fruta y pan, por la oferta de agua y por los pasteles de arroz.

Sunday hizo una reverencia con la cabeza a los amigos de Simon.

—Gracias, muchas gracias. Habéis sido muy generosos con esta farang.

—Nos quitaremos el calzado antes de entrar en la casa —le dijo Simon.

Y así lo hicieron.

Entonces, Tget comenzó a hablar.

Mientras lo hacía, se quitó un collar con piedras coloridas y recitó lo que a Sunday le pareció una bendición.

Simon le tendió la mano. Sunday le miró a los ojos y luego puso su mano en la de él. Tget les rodeó las muñecas con el collar de piedras; después, tomó una jarra de barro de las manos de Siri y vertió un poco de agua en las manos unidas de Simon y Sunday. A continuación, entonó un cántico.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sunday. Intuitivamente, se dio cuenta de que aquella era una ceremonia especial de aquella tribu entre un hombre y una mujer.

La voz de Simon, tranquila, hizo que alzara la cabeza.

—Tget está preguntando si eres mi mujer.

Sunday no encontró la pregunta tan descabellada. Ella y Simon habían vivido muchas cosas juntos durante los últimos días.

¿Habían pasado realmente sólo dos semanas desde que caminaran por los jardines del templo del Buda Reclinado? Le parecía que había transcurrido mucho más tiempo, toda una vida.

En cierto modo, había compartido más cosas con él que con ningún otro hombre. Desde luego, era el primero que la veía con los mismos pantalones y la misma camiseta día tras día, sin ducharse, sin maquillarse y sin peinado.

¿Era la mujer de Simon?

No.

¿Le gustaría ser su mujer?

Sunday pensó en sus besos, en las caricias del día anterior bajo la lluvia. Pensó en el beso de aquella tarde en el campo de mariposas.

No podía mentir aunque quisiese. Sunday asintió con la cabeza.

—Sí, soy su mujer —respondió no sin cierta vacilación.

Debió hacerle la misma pregunta a Simon, porque le oyó responder con voz ronca:

—Sí, soy su hombre.

Tget acabó su cántico. Después, él y Siri se sonrieron, se dijeron algo en su idioma, hicieron una pequeña reverencia y se alejaron.

Transcurrieron varios minutos de silencio. Simon fue quien lo interrumpió.

—Gracias —dijo él.

Ella le miró a la débil luz de la lámpara.

—¿Por qué?

—Por aceptar la invitación de la aldea a quedarte aquí, por tratar a esta gente con amabilidad y respeto, por aceptar la ceremonia y por no rechazarme delante de Tget y su gente —dijo él colocando el collar de piedras encima de la pequeña mesa.

—He hecho todo eso porque he querido —le informó ella.

—Lo sé —dijo Simon bajando la mirada—. Pero puede que no hayas comprendido el significado de todo lo que ha pasado.

Simon levantó los ojos y sonrió tímidamente.

—Sin embargo, no tienes por qué preocuparte, fuera de la tribu no tiene ningún valor.

Sunday se cruzó de brazos.

—Quizá deberías explicarme exactamente lo que ha significado esta última ceremonia.

—Sunday, quiero que antes te queden claras dos cosas.

El principio era sospechoso.

—¿Sí?

—La primera, que no compromete a nada. Sunday arqueó las cejas.

—Continúa.

—La segunda, que lo he hecho por tu propio bien.

Sunday arqueó las cejas más aún.

—¿Por mi propio bien?

Él asintió.

—Estas gentes son sencillas, poco sofisticadas. Para ellos, sólo hay dos clases de mujeres.

—¿Te importaría decirme qué dos clases de mujeres?

Fue entonces cuando Simon soltó la bomba.

—Las esposas y las que encuentras en…

—¿El Celestial Palace?

—Exactamente.

—Entiendo.

—Me alegro —dijo Simon visiblemente aliviado—. Bueno, ¿qué cama prefieres?

—¡Guau!

Simon volvió la cabeza.

—¿Te pasa algo?

—Sí, quiero clarificar un par de puntos.

—Vamos, dispara.

—Se refieren a lo del agua, el collar y el cántico.

Simon pareció ligeramente intranquilo.

—Ha sido una especie de… ceremonia de compromiso.

Ella le miró fijamente.

—¿Quieres decir… como si nos comprometiéramos a estar comprometidos?

Simon se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué exactamente?

—Ha sido más bien… al estilo antiguo.

Sunday sintió cierta inquietud.

—Antiguamente, un compromiso era una promesa de casarse.

—Sí, lo era.

—Tenía valor tanto jurídico como moral.

—Sí.

—A menudo, significaba que la pareja que comprometía a… relaciones matrimoniales.

Simon lanzó un suspiro.

—Sí.

—Esta gente cree que estamos casados o que vamos a estarlo, ¿verdad?

Simon se sacó las manos de los bolsillos, pero se dio cuenta de que no sabía qué hacer con ellas.

—Eso es lo que piensan, sí.

—Está bien, elijo la cama de la derecha —anunció ella.

Capítulo Once

Estaba enamorada de Simon.

Se dio cuenta de ello mientras se desnuda hasta quedar en bragas y sujetador. Inmediatamente, se tumbó en la esterilla bajo las mantas.

—Simon, ya puedes entrar —dlijo en voz alta, esperando que él no notase la emoción de su voz.

Y si la notaba, lo achacaría a la extrañas circunstancias en las que se encontraban.

A los ojos de la tribu, ella y Simon estaban casados o casi.

Simon abrió la puerta y volvió a entrar en la choza de bambú.

Pudo ver claramente los rasgos de su rostro a la luz de la lámpara de aceite: frente despejada, cejas oscuras, nariz aguileña, labios llenos y mandíbula y barbilla duras.

Se preguntó si todos los hombres de la familia Hazard serían tan guapos como aquél.

Simon se desabrochó la camisa, se la quitó y la colgó de un clavo que había en la puerta.

Sunday no podía quitarle los ojos de encima. Era un conjunto de piel bronceada, músculos de bronce y un negro vello en mitad del pecho. El vello se estrechaba recorriendo un camino descendente hasta desaparecer por debajo de los pantalones.

De repente, se dio cuenta de que Simon no quería mirarla. En ese momento, se agachó para apagar la lámpara.

El interior de la choza quedó a oscuras. A continuación, Sunday oyó el sonido de la cremallera de los pantalones de Simon; después, le oyó tumbarse en la esterilla, a poca distancia de la de ella.

Sunday no movió un solo músculo. Se quedó muy quieta, en la oscuridad, con las mantas subidas hasta la barbilla y los brazos a

sus costados. Poco a poco, los ojos se le acostumbraron a la poca luz que entraba entre las varas de bambú. Volvió la cabeza y miró la silueta del perfil de Simon. Sintió que tenía los ojos abiertos.

No podía ser amor.

Simon no podía ser el hombre de sus sueños. No se ajustaba a la descripción.

Se había encaprichado con él, eso era todo. Se había encaprichado con él porque era completamente distinto a los hombres que conocía, siempre impecablemente vestidos y de modales también impecables.

Simon era un hombre duro. No, quizá lo describiera mejor la palabra fuerte. Tenía la clase de fuerza que no sólo era física, sino psíquica.

¡Tonterías! Simon Hazard era un hombre como todos los demás.

—¿A quién pretendes engañar?

—¿Qué?

Fue entonces cuando Sunday se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

No respondió a la pregunta de Simon, se limitó a disculparse.

—Perdona. Espero no haberte despertado.

—No me has despertado, no estaba dormido. ¿Por qué has dicho a quién pretendes engañar?

—Oh, nada, no era nada. Estaba pensando en voz alta —contestó ella.

Sunday sintió un nudo en el estómago. Se consoló a sí misma diciéndose que no todos los días una mujer tenía que enfrentarse al hecho de que se ha bía enamorado de un hombre que era un vaquero, un aventurero y un guía para turistas.

—¿Tienes sueño? —preguntó Simon.

—No. ¿Y tú?

—No.

—¿Quieres… que hablemos?

—¿Que hablemos? —Simon no pudo ocultar cierto tono de burla en su voz—. Sí, claro, ¿por qué no? ¿De qué quieres que hablemos?

Amor, sexo, matrimonio, niños.

¿Qué pensaba sobre el matrimonio? ¿Qué sentía por ella? ¿Era algo físico o era más profundo? Sunday se decidió por un tema de conversación neutral.

—Tienes pensado quedarte en Tailandia?

—No lo sé.

Silencio.

—Antes, me dedicaba a los negocios.

No era mucha información. De repente, se sobresaltó. ¡Dios del cielo! Quizá Simon no quisiera hablar de su pasado porque había estado metido en algún asunto oscuro, ilegal, secreto…

—¿Te importa que te haga una pregunta? —dijo Simon.

Sunday se ajustó la pequeña almohada.

—No —al menos, esperaba que no.

—¿Has estado casada alguna vez?

—No. ¿Y tú?

—No.

Se oyó el ruido de mantas. Simon se había dado media vuelta hasta quedar de costado. Ahora, le daba la cara a ella. Sunday pudo distinguir la silueta de su pecho, de las caderas, de las largas piernas. Tenía la cabeza sobre un brazo.

—Ahora que le hemos dicho a Tget y a Siri que tú eres mi mujer y yo soy tu hombre, uno se siente diferente, ¿verdad? —comentó él.

—Sí.

—No lo esperaba —confesó Simon.

—Yo tampoco.

—A pesar de que los dos sabemos que la ceremonia ha sido meramente una formalidad.

—Sí, sólo una formalidad —repitió ella.

—No compromete a nada, por supuesto.

—Es cierto.

—En ese caso, ¿Por qué será que me siento diferente?

—No lo sé —Sunday tenía la boca seca—, pero a mí me pasa lo mismo.

De repente, porque sí, Simon anunció:

—Como me siento, Sunday, es como si… estuviera casado.

Y ella también, lo cual era una verdadera locura.

—Con franqueza te diré que, dada la historia de mi familia, siempre he considerado el matrimonio como algo que uno se pone y se quita a su antojo, como… un traje.

Sin duda, se debía a la actitud del padre de Simon respecto al matrimonio.

—Mi casa era como una estación de autobuses —continuó Simon —. Cuando era pequeño, recuerdo que siempre había un constante desfile de ex esposas, hermanastros, medio hermanos, nuevas esposas, viejas esposas y toda una serie de parientes. Nunca sabía quién era quién.

Pobre Simon.

—Yo tuve más suerte que algunos de mis hermanos porque mis padres estuvieron casados la mayor parte de mi infancia, pero después… —Simon lanzó un suspiro—. Después mi padre ha decidido cambiar de mujer cada dos o tres años, sin casarse.

Sunday estaba sorprendida.

—¿Qué edad tiene tu padre?

—Es un hombre increíblemente fuerte de ochenta y cinco años, lo suficientemente mayor como para ser mi abuelo.

—La gente tiene hijos a todas las edades —dijo ella débilmente.

El movimiento del pecho de Simon al respirar la tenía hipnotizada.

—Yo creo que no se deberían tener hijos a la edad que mi padre me tuvo a mí.

Sunday hizo sus cuentas.

—tA los cincuenta, más o menos?

—Más. La diferencia de edad entre mis padres fue uno de los principales problemas que tuvieron. Mi madre era treinta años más joven que mi padre. Cuando se casaron, ella quería tener un hijo, pero él no. Para entonces, mi padre ya tenía cuatro hijos y cuatro ex esposas. Mi madre se salió con la suya… —Simon se interrumpió—. ¿Cuántos años tienes tú?

—Treinta. ¿Y tú?

—Treinta y dos —inconscientemente, Simon se pasó la mano por el pecho—. Háblame de tu padre y tu madre.

—Mi familia es completamente normal —y a ella le gustaba que lo fuera.

—¿Qué es completamente normal en…?

—Cincinnati, Ohio.

Casi pudo ver a Simon arqueando las cejas al repetir:

—¿Cincinnati, Ohio?

—Mi padre es dentista en Cincinnati.

—Tienes unos dientes muy bonitos.

—Gracias Sunday sonrió en la oscuridad—. Mi madre es profesora de inglés en un instituto. Tengo un hermano, menor que yo, que está estudiando ortodoncia. También tengo tíos y primos por ambas partes, dos pares de sanos abuelos y una bisabuela a quien le gusta ser un poco excéntrica.

—Bueno, si uno no pudiera ser un poco excéntrico cuando llega a bisabuelo, ¿cuándo podría serlo?

—Eso es lo que Eleanor dice.

Sunday se preguntó si no le estaría aburriendo con esa charla tan trivial. Sin embargo, Simon no parecía aburrido; por el contrario, parecía muy interesado en saber cosas de su familia.

—De Eleanor es de quien he sacado el pelo rojo —añadió Sunday.

—Eleanor es tu bisabuela?

Sunday asintió.

—Esa es una de sus excentricidades. Cuando cumplió los noventa, le dio porque la llamáramos por su nombre de pila —Sunday respiró y soltó el aire lentamente—. Al contrario que el resto de mi familia, Eleanor ni siquiera pestañeó cuando me vio en la portada de la revista Spots Illustrated.

—Me gustaría conocer a tu bisabuela —declaró Simon—. ¿Crees que tú también llegarás a bisabuela?

—Primero tendré que ser madre y abuela, por ese orden. Y ya que sigo soltera a los treinta, yo diría que no tengo muchas posibilidades.

A pesar de la ceremonia, los dos sabían que no estaban casados.

Simon se aclaró la garganta.

—Una mujer tan guapa como tú debe tener todo tipo de proposiciones matrimoniales.

—Unas pocas.

—¿Unas pocas?

—Menos de las que te imaginas —respondió Sunday mordiéndose el labio inferior.

—¿Por qué no has aceptado ninguna?

—Tenía mis razones —respondió ella evasivamente.

Simon era como un perro con un hueso, no estaba dispuesto a dejar el tema.

—Dime una —insistió él.

—Bueno… —comenzó a decir Sunday tratando de poner en orden sus pensamientos—. Creo que a todo el mundo le gusta que le quieran por lo que uno es, no por lo que parece ser. A los hombres, al menos a algunos, lo que más les interesa es tener a una modelo tomada del brazo y tratarla como un objeto decorativo, como algo que han comprado en una exposición.

—Un hombre de éxito profesional y económico también puede sentirse así respecto a las mujeres —contestó Simon—. Dame otra razón por la que no hayas querido casarte con alguien.

Sunday no estaba dispuesta a ser la única en descubrirse.

—Te toca a ti.

—De acuerdo. En mi caso, creo que no he encontrado a una mujer con quien quiera pasar el resto de la vida.

—Yo tampoco he encontrado al hombre con quien quiera pasarme el resto de la vida —afirmó ella.

—¿Me toca a mí otra vez?

—Sí.

—Nunca he conocido a una mujer que pueda ser mi mejor amiga, mi amante, mi esposa y la madre de mis hijos.

—Yo tampoco he conocido a un hombre que pueda ser mi mejor amigo, mi amante, mi esposo y el padre de mis hijos.

—Eso no es justo —dijo Simon—. No puedes seguir repitiendo indefinidamente lo que yo digo. Tienes que darme tus propias razones.

—De acuerdo —Sunday apretó los labios mientras consideraba la posibilidad de confesarle la verdad a Simon—. Nunca he estado locamente enamorada.

«Hasta ahora», pensó Sunday.

—Yo tampoco —respondió él.

—Nunca ha habido un hombre que me hiciera olvidar dónde estaba, quién era y qué estaba haciendo.

Había olvidado todo eso y más la noche anterior, cuando Simon la besó bajo la lluvia.

—Puede que perdiera la cabeza una o dos veces cuando era un crío —dijo Simon—, pero hace ya tanto tiempo de eso que ni siquiera recuerdo dónde o cuándo.

Después, con voz ronca, confesó: —Anoche perdí la cabeza, Sunday.

—Yo también perdí la cabeza, Simon. —No somos un par de niños.
—No, no lo somos.
Simon vaciló.
—He estado preguntándome qué significa.
—Y yo —aunque tenía el presentimiento de que lo sabía.
—No quiero seducirte.
—Y yo tampoco —le aseguró ella tras pensarlo momentáneamente.
—No me interesa coleccionar amantes como si se trataran de trofeos —añadió él.
—A mí tampoco.
—He pasado algún tiempo de… celibato.
—Yo también —más de lo que él pudiera imaginar.
—Soy un adulto. Y un adulto no necesita acostarse con el primer espécimen del sexo opuesto que encuentra para satisfacer sus instintos sexuales.
Sunday sintió que las mejillas le ardían.
—Yo también soy una mujer adulta —dijo ella en voz quizá demasiado alta.
—Creo que es una cuestión del poder de la mente sobre el cuerpo.
—Por supuesto —la mente de Sunday estaba en su cuerpo.
—Lo que hace que sea más extraño si cabe —dijo Simon en tono significativo.
—¿Qué hace que sea más extraño? —preguntó Sunday casi con miedo.
—Tú.
—¿Yo?
—No puedo dejar de pensar en ti, Sunday. No puedo dejar de soñar contigo. Y no puedo dejar de desear tocarte.
Ella lanzó un quedo gemido.
—Simon…
—Si me dices que a ti no te pasa lo mismo, dejaremos este asunto en este instante —le prometió él.
—No puedo. Me pasa lo mismo.
—¿Estás segura?
—Completamente segura.

Se hizo un tenso silencio.

—¿Me deseas, Sunday?

—Sí —tenía que arriesgarse—. ¿Me deseas, Simon?

—Claro que sí, maldita sea.

Sunday dijo rápidamente:

—Al principio, creí que se debía a que la adrenalina me había subido por el susto con los bandidos. Anoche, le eché la culpa a la lluvia tropical y a la atmósfera exótica del mercado. Hoy, en la colina…

—Decidiste que eran las mariposas o esa sensación sublime de estar en la cima del mundo, ¿no?

—Algo por el estilo.

—Podrían ser esas cosas —le recordó él.

—Sí, lo sé —respondió ella en un susurro.

—Estamos muy lejos de casa.

—A trece o catorce mil kilómetros, según tú.

—Tiene sus riesgos.

Sunday se humedeció los labios.

—Me gustaría que… —Sunday se interrumpió en medio de la frase.

—¿Qué te gustaría?

—Me gustaría que me besaras —esta vez, consiguió decirlo.

Simon se quedó helado.

—Una vez que empiece, no querré parar —le advirtió él.

—Yo tampoco.

—Si te beso, querré tocarte.

—Yo también querré tocarte.

—Si te toco, puedo asegurarte que querré hacerte el amor.

—Así seremos dos.

Se hizo un breve silencio. Luego, Simon dijo:

—¿Hace calor aquí o soy yo?

Sunday se sorprendió a sí misma al lanzar una carcajada.

—Creo que somos los dos.

Simon se puso en pie y abrió una de las dos ventanas. La luz de la luna iluminó el interior de la choza. Sunday pudo verlo con claridad. Llevaba unos calzoncillos y su cuerpo ya había reaccionado a la conversación y a la promesa de lo que estaba por acontecer.

Simon apoyó el brazo en el primitivo dintel de la ventana y respiró el fresco y puro aire de la noche. Luego, volvió la cabeza.

—Quiero que sepas que, si cambias de idea, si quieres echarte atrás, no tienes más que decírmelo.

—De acuerdo.

Pero Sunday sabía que eso no ocurriría. Quería hacer el amor con él. Nunca había deseado algo tanto en su vida.

—Tengo un botiquín de primeros auxilios en mi mochila, así que no tienes que preocuparte, cuento con las precauciones necesarias —dijo él.

No eran dos irresponsables.

—Bueno, ¿qué has dicho que era lo que querías? —preguntó él con voz cargada de promesas sensuales mientras avanzaba hacia ella.

—Que me beses —repitió Sunday cuando él se agachó en la esterilla que ella ocupaba.

Durante un instante, Sunday vio la luna por encima de él. Pero Simon se inclinó sobre ella y la luna desapareció de su vista. Sin embargo, vio los rasgos de él bajo aquella luz plateada. Quería besarlo, saborearlo, tocarlo. ¡Cómo lo deseaba!

—Sólo una cosa —dijo ella.

—Dispara.

—¿Estás seguro de que no quieres besar a la chica del bikini morado de la portada de la revista?

—Estoy seguro de que esa chica era impresionante, pero es la mujer lo que me intriga —le murmuró Simon junto a los labios—. No me interesa el pasado, Sunday, sino el presente, el aquí y ahora.

—El aquí y ahora. Sí, a mí también me interesa eso.

No el pasado. No quién había sido Simon ni lo que había sido. Sólo quien era en ese momento.

Simon la besó y ocurrió de nuevo. Poco a poco, fue perdiendo la noción del tiempo y el espacio hasta quedar sólo él, Simon.

Simon y su suave, exigente e intoxicarte boca. Simon con sus fuertes y tiernos dedos. Simon con manos que parecían saber exactamente cómo y dónde tocarla. Simon con su duro, musculoso e increíble cuerpo de hombre.

—Estamos locos? —le susurró ella junto a los labios.

—Sí —declaró Simon acariciándole la boca con su lengua—.

Locos el uno por el otro.

—¿Es esto capricho sexual?

—Posiblemente.

Le acarició los hombros con los labios y le apartó el tirante del sujetador.

—¿Es sexo?

—Eso espero —murmuró él mordisqueándole el oído.

—¿Es amor?

Simon alzó la cabeza y Sunday vio la intensidad de su mirada. Alzó una mano y le acarició los sedosos rizos de la nuca. Luego, pasó las manos por aquellos brazos, por el pecho, por la espalda.

—¿Es amor? —se preguntó Simon en voz alta.

—No debería haber preguntado eso —se apresuró a añadir Sunday con voz débil.

—¿Por qué no? Yo también me lo he preguntado.

A Sunday le latía el corazón con furia. Sus sentimientos hacían que le temblara la voz y que el pulso fuese errático.

—¿Sabes la respuesta?

Simon sacudió la cabeza.

—Ojalá la supiera —respondió mirándola fijamente a los ojos—. No tengo gran experiencia en lo referente a un verdadero amor, a un amor duradero, Sunday.

—Yo tampoco.

—En ese caso, tendremos que ver qué pasa. Sunday asintió.

—Sí, tendremos que tomárnoslo con calma.

—Ir paso a paso —con los labios, le tocó la boca, el hombro, el lóbulo del oído—. ¿Dónde estábamos?

Fue bajando hasta uno de sus senos y apartó el fino tejido del sujetador. Localizó un pezón y comenzó a excitarlo con la lengua.

—¿Dónde estábamos? —repitió Simon con voz entrecortada.

—Sí —jadeó ella.

Casi al momento, Sunday se encontró fuera de sí, un amasijo de sensaciones. Era consciente de que la acariciaban, de las fuertes manos que le tomaban las nalgas y le levantaban las caderas. También se dio cuenta de que, de repente, estaba desnuda y Simon también lo estaba.

Se sintió tan libre como las mariposas del campo. Volaba. Revoloteaba en el aire.

Al acariciar a Simon, le oyó gemir y le sintió estremecerse. Sonrió, satisfecha de causarle semejante placer, de lo mucho que le complacía.

Sintió la mano de Simon en ella, sus dedos dentro de ella; y después… la exigente penetración de su cuerpo, el asalto. Sunday le recibió y él la llenó. El nombre de Simon se convirtió en una letanía de deseo, de pasión, de satisfacción.

Comenzó lenta y gradualmente en el centro de su cuerpo, en algún lugar profundo, un cosquilleo seguido de oleadas de placer que se extendieron por toda ella, desde la punta de los pies hasta el último pelo de la cabeza.

Entonces, ese algo evasivo que Sunday buscaba la tomó por sorpresa, la hizo gritar el nombre de Simon una vez más mientras se veía arrojada a otra dimensión.

—¡Simon!

—Creo que vamos a tener que volver a definir el significado de sublime —propuso Simon cuando volvió a tener ganas de hablar.

¿A quién quería engañar? Cuando le fue posible hablar.

Sunday lanzó un gemido:

—Mmmmmmm.

Simon se incorporó ligeramente, apoyándose en los codos, para aliviarla del considerable peso de su cuerpo. Seguía dentro de ella; parcialmente duro y endureciendo a cada segundo. Nunca se había sentido así. El sexo nunca había sido así. No, no el sexo, sino hacer el amor. Se sentía débil y vulnerable; pero, al mismo tiempo, un conquistador capaz de sujetar el mundo en la palma de su mano. Estaba saciado y, sin embargo, deseaba a Sunday otra vez, inmediatamente.

No tenía sentido.

Quizá el amor no tuviera sentido.

Por una parte, le encantaba el sonido de la voz de Sunday, el aroma de su piel, la sorprendente voluptuosidad de sus pechos y aquellas largas piernas. Pero, por otra, lo que le gustaba de ella no tenía nada que ver con lo anterior. Era su risa, su dulzura natural, su ternura con la gente, su sentido del humor.

Estaba pensando demasiado.

Sunday se movió bajo él y una exquisita sensación de placer se apoderó de Simon. No pudo evitar gemir ese placer.

Sunday abrió los ojos.

—¿Te encuentras bien?

Simon se movió hacia un lado y luego hacia el otro.

—Eso depende de lo que tú llames bien —respondió Simon.

—¿Te duele?

Simon comenzó a sudar.

—No… exactamente.

—Entonces, ¿qué te pasa? —preguntó ella con voz interrogante.

—Que estoy excitado —respondió Simon bruscamente.

—Ya —dijo ella en tono de admiración.

—Y tú, ¿te encuentras bien?

—Eso depende de lo que entiendas por bien —contestó Sunday sonriendo como Mona Lisa al tiempo que contoneaba las caderas.

Simon contuvo la respiración. Sunday estaba jugando con fuego.

—¿Tienes sueño? —preguntó Sunday clavándole las uñas ligeramente en la espalda.

—No —estaba completamente despierto y despejado—. ¿Y tú?

Ella sacudió la cabeza.

—Nada en absoluto.

Simon hizo lo posible por no moverse, pero su pelvis parecía tener vida propia. —¿Quieres que hablemos?

—¿Que hablemos? —repitió Sunday con voz burlona—. ¿Es así como lo llamas? Bueno, sí, supongo que es una forma de comunicarse. Una comunicación silenciosa.

Ya habían hablado demasiado.

Simon agachó la cabeza y cubrió la boca de Sunday con la suya. Supo el momento exacto en el que todo pensamiento racional abandonó a Sunday; ella gimió, le apretó la cintura con los brazos y le rodeó las caderas con las piernas.

Simon comenzó a moverse dentro de ella. Al mismo tiempo, le mordió el oído, se adentró en su boca con la lengua, le chupó los pechos… y se hundió más y más adentro en su seductora dulzura.

A Simon le latía el cuerpo entero. El momento estaba a punto de llegar.

—¡Sunday! ¡Sunday!

Esos encantadores músculos femeninos se cerraron en torno a él, lo apretaron, lo acariciaron y lo lanzaron al abismo.

Mucho más tarde, Simon había perdido la noción del tiempo, fue

consciente de la luz de la luna iluminando la choza.

Se retiró de encima de ella, se tumbó a su lado y la protegió con sus brazos. Sunday olía a noche, a amor y a flores.

Fue entonces cuando Simon hizo una promesa. Le daría a aquella mujer lo que ella quisiera: el sol, la luna, las estrellas y el firmamento. Le daría todo lo que estuviera en sus manos darle.

Simon acarició el cabello de Sunday. El sonido de su respiración le indicó que se había dormido. El mismo estaba a punto de sucumbir al sueño.

Sin embargo, antes de dormirse, recordó al caballero tailandés que les había dado el mapa.

Quizá ese hombre no les había engañado. Quizá el viaje al norte le procuraría la felicidad y todas las riquezas que el dinero no podía comprar.

Capítulo Doce

—Estás seguro de que éste es el camino que conduce a la felicidad y a la riqueza? —murmuró Sunday mientras seguía a Simon a regañadientes.

Le parecía sospechosamente igual a cualquier otro paseo monte a través.

—Tget ha examinado el mapa y luego ha hablado con los ancianos de la tribu —respondió Simon apresurando el paso—. Uno de ellos cree recordar haber oído, cuando era pequeño, una historia sobre un Buda escondido. Tget y yo creemos que podría tratarse del Buda Escondido de la Niebla Celestial.

—Me parece muy improbable —farfulló Sunday—. Preferiría estar en la cama.

Simon volvió la cabeza para mirarla.

—¿En la cama?

—Durmiendo.

—No te engañes a ti misma —dijo Simon con una risa ronca—. Si siguiéramos en la cama, no estaríamos durmiendo.

Simon tenía razón.

Lo último que recordaba después de hacer el amor con Simon por segunda vez la noche anterior era su rostro, el sonido de su voz, sus brazos rodeándola. Se había dormido con el nombre de él en los labios, con su huella en lo más profundo de su ser.

Al amanecer, se había despertado y lo había encontrado silbando alegremente fuera, cerca de la choza de bambú. Luego, le había oído reír con otros aldeanos.

Cuando le dio un beso de buenos días, había visto deseo sexual en sus ojos, lo había saboreado en sus labios. Sí, Sunday sabía que dormir no era exactamente en lo que estaban pensando.

—¿Qué hay del jeroglífico y de los símbolos? —preguntó ella por fin.

—La gente de las tribus de las montañas no tiene mapas tal y como nosotros los conocemos, pero uno de los ancianos ha dibujado en la tierra unas montañas y las sendas tradicionales de los elefantes.

—Supongo que lo has memorizado.

—Sí, así es —Simon continuó caminando—. Según la leyenda budista, antaño, todos los elefantes eran blancos y cruzaban volando los cielos. Y fue un elefante blanco quien penetró a la reina en sus sueños. De esta virgen, unos quinientos años antes de Cristo, nació el príncipe Siddhartha, que más tarde renunciaría a sus posesiones terrenales para convertirse en Lord Gautama Buda.

—No me extraña que los elefantes sean reverenciados en esta parte del mundo —dijo Sunday mientras se abrían paso a través del bosque.

—Sunday, no olvides pisar exactamente por donde yo piso —le dijo Simon volviendo la cabeza—. Hay que tener cuidado para no pisar accidentalmente a una cobra.

—No pisar una cobra es una de mis prioridades. —comentó Sunday asegurándose de que ponía el pie donde Simon lo ponía, a pesar de que no veía rastro de elefantes ni de cobras—. ¿Estás seguro de que ésta es una antigua senda de elefantes?

—Sí.

Media hora más tarde, Sunday preguntó:

—¿Estás seguro de que esto es una antigua senda de elefantes?

—Sí, estoy seguro.

Sin previa advertencia, Simon se paró de repente delante de ella. Sunday se chocó contra él, fue como darse un golpe contra una pared de ladrillos. Abrió la boca para hablar.

—Ssssss —Simon se llevó un dedo a los labios. Sunday cerró la boca.

Simon ladeó la cabeza y escuchó con atención. Silencio. Muy quieto, miró atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó ella en un susurro.

—Me había parecido oír algo —respondió Simon con voz queda.

—¿Algo? —Sunday sintió un frío sudor por la espalda—. ¿Quieres decir un animal salvaje?

Él la miró fijamente.
—No, pasos.
—¿Pasos?
—Sí, pasos de una persona.
Simon la estaba poniendo nerviosa.
—Me estás poniendo la piel de gallina —dijo ella cándidamente.
Simon le dedicó una radiante sonrisa.
—Eso es lo que a un hombre le gusta oír.
—No me refería a esa clase de piel de gallina.
—Claro que sí. Lo que pasa, es que eres demasiado tímida para admitirlo —dijo Simon sacando el machete de la funda.
Ella abrió los ojos desmesuradamente.
—Menudo machete.
—Sí, lo es.
—Es muy grande —anunció Sunday mirándole fijamente.
Simon asintió.
—Es enorme.
—Gracias —dijo él con una maliciosa sonrisa.
Continuaron el camino. El suelo estaba cubierto. de vegetación. Los árboles formaban una bóveda natural. Cuando la vegetación se cerraba demasiado sobre la histórica senda de los elefantes, Simon despejaba el camino con el machete.
—No he visto un sólo elefante desde que he llegado a Tailandia —observó Sunday.
—Y probablemente no lo veas —respondió Simon—. Antiguamente, había hasta trescientas especies diferentes de elefantes.
—¿Trescientas especies?
Él asintió.
—Ahora sólo quedan dos: Elephas maximus y Loxodanta africana.
—El elefante asiático y el elefante africano.
—Hace menos de un siglo, había unos doscientos mil elefantes asiáticos salvajes en Tailandia y los países vecinos. Ahora, su número se ha reducido a unos miles, la mayoría de ellos en cautividad.
—¿Qué ha pasado?
—A unos, los han matado por el marfil. También está la

deforestación, ladrones, etc.

—Es una pena —dijo Sunday con un verdadero sentimiento de pérdida.

Llegaron a un cruce en el camino. Simon se detuvo, se agachó y examinó el sendero. Luego se puso en pie y miró las montañas que les rodeaban.

—Creo que tomaremos el camino de la derecha.

—Pareces encontrarte como en casa en el bosque. Y también pareces saber mucho sobre supervivencia.

—La marina —respondió él.

—¿Qué tiene que ver la marina con eso?

—Ahí es donde aprendí lo necesario sobre supervivencia.

—La ciudad —dijo ella.

—¿Qué pasa con la ciudad?

—Que ahí es donde yo aprendí a sobrevivir —contestó Sunday.

Simon echó la cabeza hacia atrás y rió. Sunday se dio cuenta de que le encantaba el sonido de su risa. En realidad, le encantaba su voz.

A una mujer tenía que gustarle la voz de un hombre si pensaba pasar el resto de su vida oyéndola. ¿Iba a pasar el resto de la vida con Simon? La verdad era que no habían hablado del futuro.

De vez en cuando, habían hablado del pasado y, normalmente, del presente, del aquí y ahora. ¿Podía imaginarse un futuro con Simon? ¿Podía imaginar el futuro sin él?

Continuaron andando durante otro cuarto de hora antes de que Simon anunciara:

—Ya casi hemos llegado.

—¿Adónde? —preguntó Sunday.

—A la antigua bañera de los elefantes.

Sunday consiguió no hacer un gesto de desagrado. Casi podía imaginar lo que sería una bañera para elefantes: un agujero lleno de barro en el que sus antiguas aguas claras se habían vuelto marrones y, a su alrededor, aves de rapiña esperaban a que algún animal enfermo cayese para hacer de él su presa. No podía haber estado más equivocada. Giraron una curva y, delante de ellos, había una poza cristalina.

Tomó la mano de Simon.

—Es perfecto.

—Sí, lo es.
—¿Sabías que estaba aquí?
Simon negó con la cabeza.
Caía una cascada desde unos quince metros de donde se encontraban. Al final, estaba la plácida poza rodeada de hierba y árboles.
—Es como si nadie hubiera estado aquí desde hace mucho tiempo —observó ella.
—Sí, así es.
—El agua es increíblemente clara, se ven las piedras del fondo —Sunday se secó el sudor de la frente con una mano; de repente, se dio cuenta del calor y la sed que tenía—. ¿Crees que podríamos bañarnos?
Simon se agachó y metió la mano en el agua.
—No.
—¿Por qué no?
—Porque el agua está demasiado fría.
Sunday metió la mano.
—¡Dios mío, está helada!
—Seguro que viene de las montañas —dijo Simon dejándose caer en la hierba—. ¿Qué te parece si bebemos un poco de agua y comemos algo de fruta de la que Siri nos ha preparado?
—Una oferta irresistible —respondió Sunday sentándose a su lado.
Algo más tarde, después de haber comido varios plátanos y un poco de arroz, Sunday echada hacia atrás y apoyándose en los codos, miró al cielo de mediodía y murmuró satisfecha:
—¿Y ahora qué?
Simon se encogió de hombros.
—La verdad es que no lo sé.
—¿Adónde vamos a ir desde aquí?
—No vamos a ninguna parte, es esto.
Ella le miró sorprendida.
—¿Que es qué?
—El final de la senda, nuestro destino final.
—Pues yo no veo ningún Buda —comentó ella sin que eso le preocupase.
—Yo tampoco.

Sunday no pudo evitar un bostezo.

—¿Cansada? —preguntó él.

—Sí.

—Podríamos quedarnos un rato tumbados a descansar —sugirió él estirándose en la suave hierba junto a la poza.

—No hay cobras por aquí, ¿verdad?

—No.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro.

—No me gustaría que me mordiese una, ¿lo sabías?

—La única cosa que puede morderte por aquí soy yo —dijo Simon tirando de ella hacia sí.

Sunday acudió a sus brazos, el lugar más natural del mundo para ella estar.

¿Cuándo se había enamorado de ese hombre? Al fin y al cabo, sólo conocía a Simon desde hacía menos de dos semanas, unas trescientas horas.

Sería una ilusión el tiempo en lo referente a los asuntos del corazón?

Dejó de pensar cuando Simon le cubrió la boca con la suya. El inhaló el aliento de ella, bebió de sus labios y se llenó las manos con ella hasta que Sunday sintió que aquel abrazo era realmente celestial.

—Celestial —murmuró Sunday.

Simon alzó la cabeza.

—¿Qué?

—Que besarte es algo celestial —dijo ella, aunque no quería hablar.

Simon se quedó muy quieto.

Sunday se obligó a abrir los ojos y a mirarlo. Simon tenía una expresión muy extraña.

—¿Qué pasa?

Simon se incorporó hasta quedar sentado, y la obligó a hacer lo mismo.

—Eres extraordinaria.

Sunday no comprendió.

—Gracias.

—Me has dado una idea.

—No sería la primera vez —respondió ella secamente.

Simon la rodeó los hombros.

—Mira a tu alrededor, Sunday. ¿Qué ves?

Sunday se dio cuenta de que Simon hablaba en serio; por lo tanto, miró a su alrededor.

—Veo una poza. —Sigue.

—Arboles, piedras, hierba y el cielo azul.

—Continúa.

—El sol y unas cuantas nubes blancas.

—Más abajo —sugirió él.

Sunday se mordió el labio inferior y se forzó a no mirar un poco más abajo del vientre de Simon. Se aclaró la garganta antes de responder.

—Hay una cascada.

—¿Y?

—Agua.

—¿Y?

—Donde el agua de la cascada golpea las rocas, hay una especie de neblina…

—Podrías llamarla…

Sunday se dio cuenta de lo que Simon quería decir.

—Niebla Celestial.

—¡Exacto!

—Es el Buda Escondido de la Niebla Celestial —recitó ella—. ¿Crees que es posible?

Simon suspiró.

—Estoy empezando a creer que cualquier cosa es posible —se puso en pie y le tendió la mano—. Vamos, cielo, veamos si es un timo o si realmente ese mapa tuyo es auténtico.

Rodearon la poza en dirección a la cascada. Al acercarse, vieron que había algo detrás de la cortina de agua.

—Ten cuidado al pisar, las piedras resbalan mucho —le advirtió Simon en el momento en que se pusieron a caminar por un estrecho pasillo de piedra.

Una fina neblina les cubrió cuando se deslizaron por detrás de la cascada de agua.

Después, por un momento que pareció una eternidad, Sunday sólo oyó los latidos de su corazón.

—¡Simon, mira!

Era una puerta, grande y perfectamente construida de piedra. La entrada estaba cubierta de vegetación. En el centro de la piedra, de la puerta, había una escultura en relieve: un elefante.

—Un elefante blanco sagrado —murmuró Sunday.

Simon cortó la vegetación con el machete y, después, ambos empujaron con sus cuerpos. Lentamente, la puerta comenzó a abrirse y, por fin, entraron.

Era una caverna grande y avobedada. La luz del sol entraba por un gran agujero, arriba, donde hacía tiempo debía haber habido un techo; sólo quedaba parte de éste.

—Sea lo que sea este sitio, está escondido —comentó Sunday en un susurro.

—Creo que sé lo que era —dijo Simon.

—¿Qué?

—Un templo.

En las paredes del antiguo templo había tallados todo tipo de figuras: bailarinas, fieros dragones, grandes batallas, demonios, ninfas y, por todas partes, elefantes blancos.

—¿Un templo antiguo? —repitió ella en tono reverente.

Simon se frotó la barbilla.

—No soy un experto, pero yo diría que es del siglo doce.

Sunday estaba perpleja.

—Eso es casi hace mil años.

—Sí.

—¿Adónde crees que conducen estos escalones de piedra?

—Vamos a averiguarlo.

Simon le tomó la mano y con la otra balanceó el machete; juntos, subieron la estrecha escalera. Conducía a otra sala más pequeña. El único objeto en la estancia era un pedestal y en él, en el centro, estaba la estatua de Buda. Como el resto de la caverna, estaba cubierto de vegetación.

La estatua no era ni grande ni pequeña. Sunday calculó que mediría aproximadamente un metro y medio como mucho. Parecía tallada en piedra.

—¿Mármol blanco? —sugirió ella. Simon asintió.

—Y muy pesada sin duda.

—Es extraño —dijo ella.

Simon se le acercó.

—¿El qué?

—Los ojos son rojos. ¿No es raro que un Buda tenga los ojos rojos?

—Muy raro.

Con cuidado, Sunday apartó la vegetación del rostro de la estatua.

—Tiene cristales de colores alrededor de los hombros y las muñecas, parecen un collar y pulseras.

—Era una práctica común adornar a Buda. Algunas estatuas tienen piedras preciosas incrustadas.

—¿Piedras preciosas?

—Preciosas y semi preciosas y, a veces, cristales de colores —dijo Simon examinando la cámara del templo.

Sunday se inclinó y tomó un puñado de piedras que había en el suelo, alrededor de la estatua. Las piedras eran de todo tipo y tamaño y de colores, de rosa pálido a morado oscuros. Algunas, las más grandes, eran de un rojo intenso.

Sunday miró las que tenía en la palma de la mano.

—Fuego.

—Qué?

—Que el color de estas piedras es como el fuego.

Simon las miró.

—No, fuego no, sino sangre.

Sunday limpió las piedras con la pernera de su pantalón. ¿Qué le había dicho Simon en el trayecto desde Chiang Mai? Sí, ahora lo recordaba. Habían construido templos para venerar a Buda y los habían llenado con todo tipo de artefactos, tesoros religiosos y rubíes.

La mano comenzó a temblarle.

—¡Dios mío!

Perpleja, se quedó muy quieta, sin atreverse a hablar.

Simon notó su nerviosismo y le rodeó la cintura con un brazo.

—¿Qué te pasa, cielo?

Sunday clavó los ojos en las piedras. ¿Podría ser? Algo le decía que sí.

—Rubíes —consiguió responder en un susurro.

Simon tomó una de las piedras más grandes y la examinó.

—Podría ser. Si lo son, tienes una fortuna en las manos.

Simon la miró con expresión reflexiva y añadió:

—El hombre que te vendió el mapa dijo que te llevaría a la felicidad y a la riqueza.

Sunday no quería riqueza… de esa clase. Y ya había encontrado la felicidad en los brazos de Simon.

Respiró profundamente y dejó caer las piedras, una a una, en el regazo de Buda.

—No son mías. He venido a Tailandia en busca de algo y… creo que ya lo he encontrado.

—¿Qué hay de los rubíes?

—No los quiero.

—Pero yo sí —dijo una fría voz a espaldas de ellos.

En ese momento, Sunday sintió que le ponían en la espalda un revólver.

Capítulo Trece

—Hijo de perra —murmuró Simon apretando los dientes.

—Date la vuelta despacio —dijo una voz directamente a su espalda.

La voz le resultaba familiar, pero no sabía exactamente a quién pertenecía. Aunque, identificar a aquel sinvergüenza era el menor de sus problemas. Tenía que ganar tiempo para intentar salvarse a sí mismo y a Sunday.

—Quién demonios…?

—Cuidado, Hazard. Mi compañera está apuntando a tu amiga.

Simon comenzó a volverse.

—¡Que Dios te ayude si algún día puedo echarte las manos encima!

—De momento, ponte las manos detrás de la cabeza.

Simon comprendió que, por el momento, lo único que podía hacer era lo que el hombre le decía. Sabía el precio que Sunday pagaría si no hacía eso exactamente.

Con las manos en la nuca y los dedos entrelazados, Simon se volvió hasta quedar cara a cara con su adversario.

—Nigel Grimwade —dijo con expresión neutral, sin mostrar sorpresa; era una técnica que había aprendido para tratar en los negocios.

—No pareces sorprendido, Hazard.

—No puedo decir que esté sorprendido.

—¿Qué quieres que haga con la Harrington? —preguntó la compañera de Nigel.

—Tráela aquí —respondió Nigel.

Simon asintió.

—Vaya, la señora Grimwade.

La joven se echó a reír.

—No soy su esposa.

Que estuvieran casados o no no era asunto que le importase. Pero sí sentía curiosidad por algo.

—¿Qué ha pasado con vuestros acentos australianos?

—No somos australianos —dijo la joven.

—¿Qué sois entonces? —preguntó Sunday cuando se unieron a los hombres.

—Estudios en arte dramático.

—¡Actores! —exclamó Sunday.

—Se puede llamar así —dijo Nigel evasivamente. La mujer era menos contenida.

—Trabajamos por nuestra cuenta. Servimos a cualquiera, o cualquier país, que nos pague bien. Alguien nos ha pagado para seguiros a vosotros y al mapa.

Sunday intentó actuar también.

—Qué mapa?

—El mapa que ese idiota os vendió en Bangkok cuando nos lo habían prometido a nosotros —respondió pondió Millicent con voz estridente.

—Bueno, ya conoces el dicho, Millie, lo que se gana fácilmente se pierde fácilmente.

—Quizá a ti te sea fácil decir eso, es evidente que no te importa el dinero ni lo que con él se pueda comprar —dijo ella mirando los viejos pantalones de Simon y sus gastadas botas—. Pero a algunos nos gusta la buena vida.

—Lo mejor en la vida es gratis —interpuso Sunday.

Simon y Sunday cruzaron una mirada. De repente, Simon deseó poder decirle a Sunday lo que podría haberle dicho, lo que debería haberle dicho, la noche anterior.

—En fin, Nigel y yo creímos que, en Chiang Mai, teníamos otra forma de llegar aquí; pero nuestro contacto resultó un fracaso.

—¡Así qué erais vosotros a quienes vi en el mercado! —exclamó Sunday.

—¿Que nos viste?

—¿Los viste? —preguntó Simon—. No me lo dijiste.

—Iba a hacerlo, pero comenzó a llover y… luego se me olvidó —Sunday se encogió de hombros.

Simon sabía que él era también responsable. Sabía por qué se le había olvidado.

Por fin, se enfrentó a sus contrarios.

—Así que mentisteis, no regresasteis a Bangkok.

—Sí, mentimos y no regresamos a Bangkok —dijo Millicent en tono burlón—. ¿Vas a denunciarnos?

—Estamos perdiendo mucho tiempo —dijo Nigel—. Es hora de solucionar este asunto. Millie, no dejes de apuntar a la Harrington mientras yo me encargo de Hazard. Voy a atarlo a esa columna. Nigel sacó una cuerda y continuó:

—Sé que tienes un Beretta y un cuchillo en la bota, así que nada de bromas.

—¿Cómo demonios…?

—Lo siento, Simon —dijo Sunday con voz ahogada—. Se lo dije a los otros cuando los bandidos nos detuvieron en la carretera de Lamphun. Nunca imaginé que pudiera ocurrir algo así.

—No te preocupes, cielo —respondió Simon.

—Vaya, así están las cosas, ¿eh? Me lo imaginaba —dijo Nigel mientras rodeaba el pecho de Simon con la cuerda.

—Ahora te toca a ti —le dijo Millie a Sunday, empujándola con el revólver.

En menos de cinco minutos, los dos estaban atados.

—No vas a volver a necesitar esto —le dijo Nigel a Simon cuando le quitó el Beretta y lo tiró al suelo—. Ni esto tampoco.

Le sacó el cuchillo de la bota.

—El resto va a ser comer y cantar —comentó el joven a su compañera—. Toma todos los rubíes que puedas, Millie. Luego, seleccionaremos los de más valor.

Dejaron sus revólveres a un lado y comenzaron a recoger las valiosas gemas del suelo del templo y a echarlas en la bolsa de Millie.

—¡Vamos a ser ricos! —exclamó Millie encantada.

—Sí, ya lo somos —respondió Nigel examinando una piedra especialmente grande.

Lanzó un prolongado silbido y, rápidamente, miró a su alrededor. Al ver que su compañera no le observaba, se metió el enorme rubí en el bolsillo de la chaqueta.

Gusanos, pensó Simon con desprecio. Nigel Grimwade ni

siquiera era un ladrón honesto.

—Qué vamos a hacer con estos dos? —preguntó Millie mirando a sus cautivos.

—Todavía no lo he decidido —le informó Nigel—. Podríamos dejarlos aquí, en este templo tan encantador.

—Podrían morir —dijo Millie.

—Sí, podrían morir —Nigel se encogió de hombros y tomó otro puñado de rubíes—. 0 quizá tengan suerte.

—Me temo que a ti se te ha acabado la suerte, amigo —dijo una voz con acento británico.

Sunday se sintió a punto de estallar de felicidad. Era Arthur Bantry. Estaban salvados. El bien iba a triunfar sobre el mal.

—¡Coronel Bantry, no sabe lo que me alegra verlo! —gritó Sunday.

—Señorita Harrington —saludó el coronel con una reservada sonrisa—. Señor Hazard.

Arthur Egbert Bantry, tan impecable como siempre, estaba junto a la pareja Grimwade empuñando Excalibur, cuya punto tocaba la yugular de Nigel.

—No, no se moleste en levantarse, joven —dijo en tono suave—. Prefiero que se queden en el suelo, como están.

Millicent alzó la cabeza y parpadeó.

—No es lo que usted piensa, coronel —dijo Millie fingiendo inocencia con la voz.

El coronel se echó a reír.

—No malgaste sus energías, señorita… como se llame. Llevo metido en esto mucho tiempo, desde mucho antes de que usted naciera. Se necesita mucho más que un par de actores de tercera para engañarme a mí —el coronel dio una patada a un trozo de cuerda en dirección a Millie—. Ate a Nigel. Y átelo bien.

Millie comenzó a ponerse en pie.

—Pero…

Inmediatamente, Arthur Bantry se armó con uno de los revólveres que los actores había dejado en el suelo, descuidadamente, mientras recogían rubíes, y apuntó a Millie con él.

—A propósito, ¿sabía que su amigo Nigel se ha metido en el bolsillo una piedra de primera cuando usted no estaba mirando?

La joven miró furiosa a su compañero.

—Eres un cerdo, un sinvergüenza, un…

Nigel Grimwade hizo un gesto de dolor cuando la cuerda con la que Millie le estaba atando se le clavó en la carne.

—Iba a compartirla contigo, Millie, te lo prometo.

—Qué vergüenza, no hay honor entre los ladrones —le amonestó el coronel Bantry—. No debería olvidar lo que su compañero le ha hecho, joven.

Una vez que Nigel estuvo atado, Arthur Bantry ató a la mujer. Después, guardó la espada.

—¿Le molesta a alguien si fumo? —preguntó el caballero.

Se sacó una pitillera del bolsillo de la chaqueta y tomó un cigarrillo.

—Así que es por eso por lo que siempre le temblaban las manos y por lo que siempre se estaba tocando el bigote —comentó Sunday —. Es un fumador, pero no ha fumado en el viaje.

—Es malo para la imagen.

—¿La imagen?

—En esta clase de trabajo, todos somos actores —dijo Bantry—. Fumar no se ajustaba al papel que estaba representando.

—Y ahora va a decir que el mundo es un teatro, ¿verdad? —dijo Sunday alzando la barbilla.

A mitad de la conversación con Arthur Bantry, Sunday se había dado cuenta de que éste no tenía intención de soltarlos. Podía ocurrir que ni ella ni Simon llegaran a salir nunca de ese templo.

Deseó haberle dicho a Simon la noche anterior lo que sentía en lo más profundo de su corazón. Ahora, podía ocurrir que no se le presentara la ocasión.

—Me ha desilusionado, coronel —añadió Sunday.

—Lo sé, señorita Harrington.

—Usted no es más que un ladronzuelo.

Bantry bajó la mirada y clavó los ojos en la bolsa de Millicent.

—Para que lo sepa, no me interesaba el mapa. Aunque creo que me quedaré con los rubíes ahora que los han encontrado.

—Pero si no venía en busca de los rubíes… ¿Por qué los había seguido?

Arthur Bantry se permitió un pequeño suspiro.

—Siento algunas de las cosas que han ocurrido, señorita

Harrington. Quizá, si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias… o si usted no hubiera estado con Hazard…

Sunday no comprendió el significado de aquellas palabras.

—¿Qué tiene que ver Simon con esto?

—Todo.

—No lo comprendo.

—Pero creo que Hazard sí.

Cuando Simon habló, Sunday se dio cuenta de la seguridad y la furia que sentía.

—Ya, usted fue quien estuvo a punto de matar a Jonathan.

Sunday contuvo la respiración.

Arthur Bantry puso un cigarrillo en una boquilla de marfil, se la llevó a la boca, encendió el pitillo con una cerilla y aspiró.

—Por fin ha atado cabos.

—Por fin.

Jonathan Hazard era un profesional, igual que yo. Los profesionales entendemos estas cosas. Fue un lamentable trabajo.

—¿Lamentable?

—El resultado fue lamentable.

—Claro, él tenía que morir, ¿no?

El coronel asintió.

—Se suponía que tenía que desaparecer sin dejar rastro.

Los músculos de Simon estaban en tensión.

—Hijo de perra —dijo apretando los dientes.

—Agua pasada no mueve molino.

Jonathan Hazard ha dejado este trabajo, igual que yo.

A Sunday le dio un vuelco el corazón.

—Puede, pero usted sigue teniendo la intención de llevarse los rubíes y dejarnos aquí hasta que muramos, ¿verdad?

—Como Nigel ha dicho, podrían tener suerte —respondió Arthur Bantry al tiempo que miraba el templo en ruinas—. De hecho, estos dos jóvenes me han hecho un gran favor. Si alguien, por casualidad, diera con este templo, serían las huellas de ellos, sus armas, sus cuerdas y sus huesos las únicas huellas en la escena del crimen.

Sunday tragó saliva.

—¿Escena del crimen?

El coronel sacó la colilla del pitillo de la boquilla, la apagó aplastándola con los dedos y se la metió en uno de los bolsillos del

pantalón.

—No me gustaría dejar ninguna huella.

Sunday estaba dispuesta a tratar de razonar con él.

—Pero coronel…

—Lo siento, señorita Harrington. Yo gano y ustedes pierden.

Una voz femenina, fuerte y segura, les interrumpió.

—Soy yo quien gana y usted pierde, coronel.

Las cinco cabezas se volvieron en dirección a los escalones de piedra.

—¡Dios mío, la monja! —exclamó Nigel Grimwade.

—Y tiene un revólver —añadió Millicent innecesariamente.

—¡Cielos! —murmuró Simon.

—La hermana Agatha Anne —dijo Sunday.

—Vaya, vaya, ahora sí que estamos todos reunidos —le murmuró Simon a Sunday al oído.

—Cuántos más, mejor —susurró ella como respuesta.

La joven monja tenía el mismo aspecto, a excepción del revólver, pero no hablaba con la misma dulzura y timidez que durante el viaje.

—Que nadie hable hasta que yo no lo diga —dijo la monja en tono autoritario.

Aunque el arma mortal con la que apuntaba al coronel tenía más autoridad que cualquier palabra que pudiera pronunciar.

—¿Tiene idea de con quién está usted tratando? —preguntó el coronel en tono indignado.

—Sé perfectamente quién y qué es usted, coronel —respondió la monja fríamente.

Al parecer, el coronel no estaba dispuesto a darse por vencido.

—¿Y quién se cree usted que es, joven?

—No le va a servir de ayuda esa actitud, Bantry —dijo la mujer —. Pertenezco al eme dieciséis.

Sunday se dio cuenta del efecto que produjeron aquellas palabras en el coronel. Volvió la cabeza y le preguntó a Simon en voz baja.

—¿Qué es el eme dieciséis?

—El servicio secreto británico —respondió él.

—¿En serio?

—Llegó a ser el servicio secreto más importante del mundo.

Ahora toda su fama se la debe a las películas de James Bond.

—¿Te refieres al cero cero siete, licencia para matar?

—Sí.

Sunday se olvidó de bajar la voz.

—!La hermana Agatha Anne es una espía!

—No exactamente —respondió la mujer con el revólver.

Sunday parpadeó varias veces.

—¿No es una espía?

—No soy una monja.

—!Lo sabía! —dijo Sunday a todos—. El primer día, antes de que saliéramos de Bangkok, pensé que ninguno de ustedes parecía ser lo que decía que era.

—Debería haberse fiado de su instinto —respondió la hermana Agatha Anne.

Sunday arqueó las cejas.

—La madre superiora no es una espía, ¿verdad?

La mujer vestida de monja sonrió.

—La madre superiora es exactamente lo que aparenta ser, la madre superiora —al momento, volvió su atención de nuevo a Bantry—. No debería haber dejado su retiro, Bantry. Desde hace unos años sabíamos que trabajaba para ambos bandos; en realidad, para cualquiera que quisiera pagarle.

—Uno tiene que vivir —respondió el coronel estiradamente.

—Y, según tengo entendido, usted vive muy bien.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Me lo merezco. Nadie me ha reconocido nunca todos los años de esclavitud al servicio de la reina y del país.

—Quizá no, pero usted dio su palabra y ha roto esa palabra —dijo Agatha Anne.

Arthur Bantry dejó caer los hombros como un hombre vencido.

Al parecer, la agente que se hacía pasar por monja no dejó que ese gesto la engañase.

—Cuidado, coronel. Tire el bastón al suelo. Bantry hizo lo que se le ordenó.

—Nosotros somos inocentes, no tenemos nada que ver con este asunto —dijo Nigel Grimwade en tono de súplica—. Millie y yo somos dos turistas que, accidentalmente, nos hemos visto metidos en este lío y…

—Cállese —ordenó Agatha Anne, interrumpiéndolo—. Sé muy bien quiénes son usted y Millie.

—¡Vaya, tenemos un genio! —exclamó Nigel irritado.

Sunday sintió un codazo en la espalda. Era Simon.

—Cúbreme —le susurró él con urgencia.

—¿Que te cubra?

—Tengo que alcanzar la bota izquierda con la mano.

—¿Para qué?

—Hay un viejo proverbio…

Ella alzó los ojos..

—Claro, siempre hay un proverbio.

—Cuidado con el arma que un hombre no enseña.

—¿Tienes otra arma? —preguntó Sunday en voz casi inaudible.

El asintió.

—Otro cuchillo. Tengo que sacármelo de la bota para cortar las cuerdas, porque también tengo el presentimiento de que esto se va a poner cada vez peor.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Cuenta hasta tres y déjate caer hacia un lado, finge que te desmayas.

—Haré lo que pueda.

Aunque Sunday no era una actriz.

—Una, dos y tres.

Sunday fingió desmayarse. Lanzó un quedo gemido, dejó caer la cabeza y luego se desplomó hacia un lado.

Simon se movió en dirección opuesta.

—Creo que esto ha sido demasiado para la señorita Harrington —observó el coronel—. Quizá debiera ayudarla.

—Quede—,e donde está, Bantry —ordenó la monja.

Todo ocurrió muy de prisa. El coronel se volvió y se tiró a los tobillos de la hermana Agatha Anne. Ella intentó zafarse; pero, al final, acabó en el suelo.

El revólver que tenía en la mano salió volando por los aires y, por suerte, aterrizó a los pies de Simon. Inmediatamente, éste cortó la cuerda, ya que había recuperado el cuchillo.

El coronel se dispuso a atacar con su espada, pero Simon le tomó el brazo, se lo retorció y le desarmó.

Después, con la espada en una mano y el revólver de la agente

británica en la otra, Simon les miró a todos con furia.

—Escuchen atentamente. De ahora en adelante, se hará lo que yo diga. Y ahora, quiero que alguien conteste a una pregunta, ¿quién de ustedes no es un espía?

Capítulo Catorce

—Tú no eres un espía, ¿verdad? —le preguntó Sunday mientras iban de la comisaría de policía de Mae Hong Son al Holiday Inn para pasar la noche.

—No.

Sunday suspiró.

—No sabes lo que me alegra. Estaba empezando a pensar que nadie, absolutamente nadie, es lo que parece.

Simon había estado muy activo todo el tiempo. Sin embargo, ahora que estaban solos, mientras recorrían la calle principal de Mae Hong Son, Sunday le notaba demasiado pensativo.

—Cuando empezamos este viaje a la Ciudad de la Niebla, no esperaba que fuera la cárcel lo primero que viera —comentó Sunday en un intento por animarlo.

—Yo tampoco.

—No me ha afectado lo de la pareja Grimwade, pero confieso que el coronel me ha desilusionado.

—A mí también me había engañado.

—¿Cuándo te diste cuenta de que era el doble agente que había intentado matar a Jonathan? —preguntó ella como si fuera la cosa más normal que se le podía preguntar a alguien.

—En el templo —Simon se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Ya te lo he dicho, Sunday, en los Estados Unidos yo era un hombre de negocios, no un agente secreto ni un espía.

—El coronel pensaba que eras una amenaza para él.

—Eso parece.

—Te veía como un ángel vengador. Y, en cierto modo, tenía razón. Al final, has sido tú quien nos ha salvado.

—Todo ha sido una estupidez, Sunday. Podría haber conseguido

que nos matasen a los dos. Esta gente no estaba jugando.

—Estás siendo muy duro contigo mismo —observó ella—. Al fin y al cabo, como bien has dicho, no eres ni un agente secreto ni un espía como para saber de este tipo de cosas.

Caminaron un rato en silencio. Sunday alzó la cabeza para mirar la luna y las estrellas. Había flores en las calles, el aroma era dulce e intenso.

—¿Qué les pasará ahora? —preguntó ella.

—Al coronel y a la pareja Grimwade les enviarán a Inglaterra y les someterán a un juicio, a menos que lleguen a un arreglo puesto que al gobierno británico no le interesa tan mala publicidad. Puede que no quiera que se enteren los medios de comunicación.

—La hermana Agatha Anne no se ha molestado en dar explicaciones a las autoridades locales. Ni siquiera se ha quitado el hábito. No me sorprendería que esa gente todavía crea que es una monja —comentó Sunday.

—A mí tampoco me sorprendería.

—Ahora se explica la actitud de la madre superiora respecto a la hermana Agatha Anne.

—Sí, así es —Simon la miró fijamente—. Y tú, ¿estás segura que no quieres los rubíes? Irían muy bien con el color de tu pelo.

Sunday sacudió la cabeza.

—Los rubíes están donde tienen que estar, con las autoridades tailandesas. Con un poco de suerte, parte del dinero será destinado a ayudar a las tribus de las montañas.

—Sí, con un poco de suerte.

—Supongo que los arqueólogos van a tener mucho trabajo con el Buda Escondido de la Niebla Celestial.

—Sí, supongo que sí.

—Ese lugar ya no será lo mismo, ¿verdad?

—No.

—Nunca volverá a ser sólo nuestro.

—Me temo que no.

Sunday temblaba de emoción.

—¿Qué me dijiste el otro día sobre los cambios?

—Dije que los cambios son inevitables —respondió Simon en tono burlón.

—Sí, eso es. Y tenías razón, son inevitables.

—Pero eso no significa que tengan que gustarnos —señaló él.

Llegaron al Holiday Inn y Simon la acompañó hasta la puerta de su habitación. Sunday metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Después, se volvió de cara a él y se hizo un extraño silencio.

—Vaya día, ¿verdad? Debes estar agotada —dijo Simon.

—Sí, ha sido un día tremendo y estoy agotada. Simon se miró las manos.

—Además, siempre nos queda mañana. Sunday se miró el reloj de pulsera.

—Ya es mañana.

Simon alzó el rostro y frunció el ceño.

—¿Qué?

—Que es pasada medianoche. Ya es mañana.

—Será mejor que te vayas a dormir. El viaje de regreso a Bangkok es muy largo.

—Buenas noches, Simon —dijo Sunday por fin, pero Simon ya había entrado en su habitación.

Sunday cerró la puerta. Se volvió, lanzó un suspiro y miró la habitación. Había una cama, una cómoda, un armario empotrado y lo que esperaba fuese la puerta de un cuarto de baño moderno.

El cuarto de baño era pequeño, pero bien instalado y limpio. También había una segunda puerta, una que parecía comunicar con, el dormitorio contiguo.

El dormitorio de Simon.

Sunday puso la mano en el pomo de la puerta y lo giró. La llave no estaba echada.

Llamó tres veces.

—¡Entra! —dijo Simon desde el otro lado.

Sunday abrió la segunda puerta del cuarto de baño y entró en la habitación de Simon. Era idéntica a la suya.

—Es tu habitación —dijo ella.

—Sí.

—Compartimos el cuarto de baño.

—Lo sé.

—Nuestras habitaciones se comunican.

—Sí.

Sunday se puso las manos en las caderas.

—Se te había olvidado mencionarlo.

—No lo he sabido hasta hace unos segundos.
—Oh.
—Bueno, ya que estás aquí, dime… ¿tienes todo lo que necesitas? —preguntó Simon adoptando el tono de guía.
—No —respondió Sunday tras decidir ser honesta.
Simon la miró de arriba abajo.
—¿Qué es lo que necesitas y que no tienes?
Sunday alzó el rostro y le miró intensamente a los ojos. Le abrió su corazón. Ignoró su miedo y su cobardía. Si quería un futuro, iba a tener que arriesgarse.
—Sin valor, no hay gloria.
—¿Qué?
—Que sin valor no hay gloria. Si uno no se arriesga, no gana nada. La vida es una aventura y hay que vivirla a tope.
—Creo que he oído eso antes.
—Lo sé, me lo has enseñado tú.
—¿Qué es lo que quieres decir, Sunday?
No podía empezar por el principio.
—He venido a Tailandia en busca de algo.
—Y yo.
—Lo he encontrado.
—Yo también.
—¿Qué es? —preguntó ella, sabía que era importante.
Simon se pasó las manos por los cabellos.
—Lo que he encontrado es saber apreciar que estoy vivo.
—Nunca he conocido un hombre más vivo que tú, Simon Hazard.
—¿Y tú, Sunday, qué has encontrado? ¿Inspira ción para una nueva colección? ¿La seda para tus diseños? ¿La clase de trabajos que estabas buscando? ¿La gente que los hace?
Sunday se mordió los labios.
—Sí, claro que he encontrado todas esas cosas.
—¿Pero? Sé que hay un pero, cielo.
Intencionadamente, Sunday avanzó un paso hacia él.
—Pero he encontrado algo mucho más importante que todo eso.
Simon no se movió.
—¿Sí?
Ella dio otro paso en su dirección.

—Sí.

Sus pies se tocaron, sus piernas, sus caderas, sus pechos…

Al parecer, Simon no lo sabía.

—¿Qué has encontrado?

—A ti —respondió Sunday simplemente.

Simon dejó escapar el aire que había estado conteniendo.

Sunday se estiró hacia arriba y le besó la mandíbula.

—No me importa lo que has sido antes ni lo que has hecho, Simon, sólo sé que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Creo que podrías ser mi mejor amigo, mi amante, mi esposo y el padre de mis hijos.

—Por qué?

—Porque te amo.

Sunday le amaba.

Sintió ganas de gritar su alegría desde lo alto de una montaña para que todo el mundo le oyese.

—Me amas.

—Te amo —repitió Sunday.

Simon la tomó en brazos y comenzó a dar vueltas con ella.

—Me amas. Me amas. Me amas.

Saboreó aquel momento; sin embargo, sabía lo que ocurriría a continuación. Tenía que confesar. Dejó a Sunday en el suelo, comenzó a darse paseos por la habitación y, por fin, se detuvo.

—Sunday, será mejor que te sientes —dijo indicándole la única silla en la habitación.

Ella se sentó.

—Hay algunas cosas sobre mí que tú no sabes.

—Lo suponía. Sólo nos conocemos desde hace dos semanas — dijo ella razonablemente.

—¿Hace sólo dos semanas? —preguntó él en tono incrédulo.

—Menos. Para ser exactos, doce días.

—Sunday, la verdad es que no te he mentido exactamente, pero… en realidad, ha sido una mentira por omisión.

El rostro de ella ensombreció.

—Estás casado.

—Sí. No. Quiero decir que sólo contigo. Inmediatamente, el color volvió al rostro de Sunday.

—En ese caso, ninguna otra cosa importa.

Simon no estaba de acuerdo.

—No quiero que nuestra vida de casados empiece con secretos.

Sunday palideció de nuevo.

—Tienes hijos.

—Puedo asegurarte que no tengo ningún hijo.

De nuevo, el rostro de ella se iluminó.

—¿Te gustaría tener hijos?

—Claro que me gustaría.

—En ese caso, no creo que pueda ser tan terrible lo que tengas que decirme.

—No lo es. Bueno, no sé. Depende de cómo se mire.

—Estoy esperando.

—En realidad, no soy un guía.

Sunday empezó a ponerse en pie.

—Espera, hay más. Sunday volvió a sentarse.

—Está bien, no sé cómo decirlo de otra manera. Sunday, soy un hombre rico. Tengo mi propio negocio, tengo una isla y tengo una casa de lujo. ¡Qué demonios, era millonario antes de cumplir los treinta!

Sunday se levantó, le rodeó la cintura con los brazos y le susurró al oído.

—Y yo también, cariño.

—¿También?

—Sí. Lo cierto es que era millonaria antes de cumplir los veinticinco.

—¿Y qué importa? —dijeron los dos al unísono.

Simon estrechó en sus brazos a aquella mujer y la miró intensamente a los ojos.

—¿Te he dicho que te amo?

—No.

—Te amo.

—Tenemos que ver tantas cosas —comenzó a decir Sunday bastante después.

Ya casi había amanecido y habían pasado toda la noche haciendo el amor.

—No sabemos siquiera dónde vamos a vivir, ni la ciudad, ni el país…

—Cielo —murmuró Simon dándole un beso en el hombro al

tiempo que comenzaba a acoplarse entre sus muslos—, un sabio me dijo una vez…

—¿Qué?

—Lo que importa no es dónde, sino con quién.

—¿Que sabio? —susurró ella en el momento en que Simon la hizo suya.

—Este sabio que tienes aquí, este hombre tan, tan afortunado.